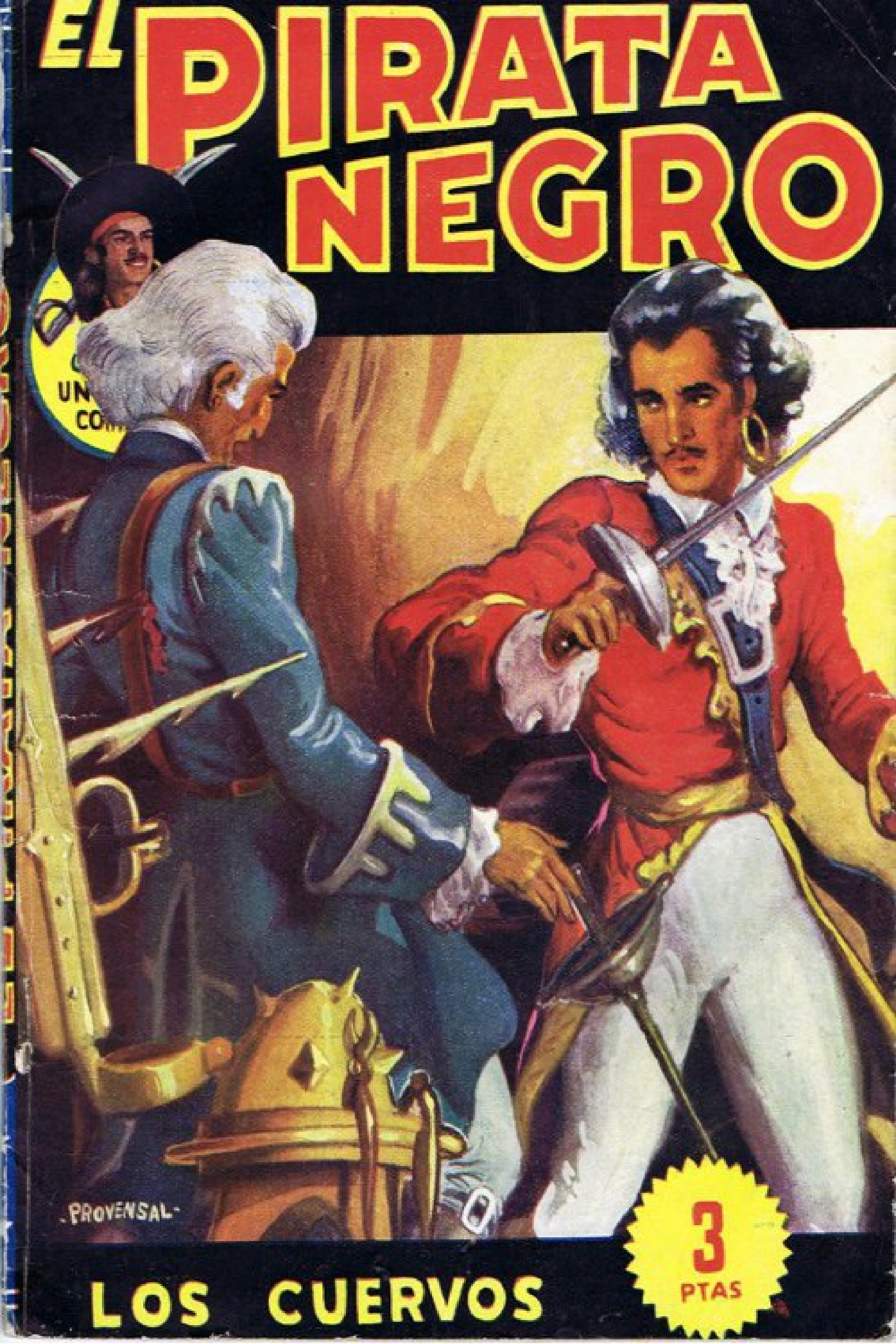
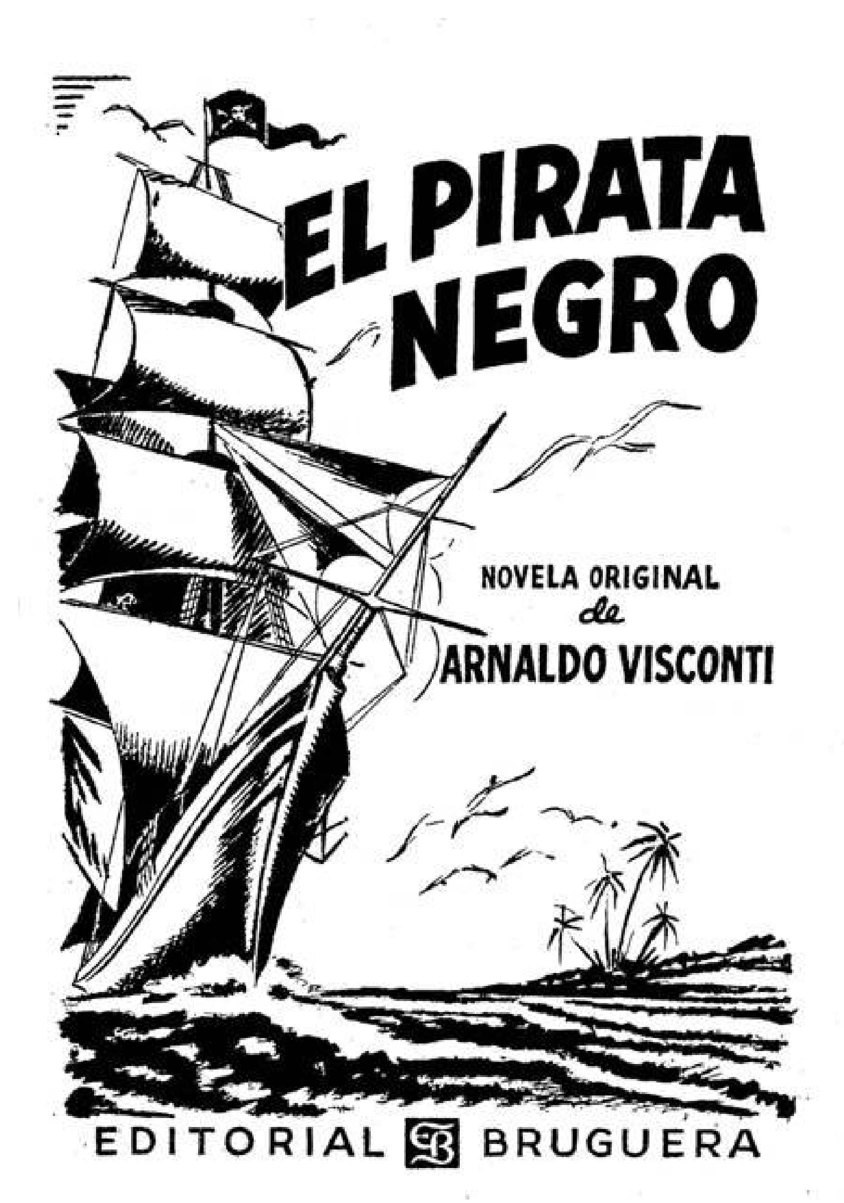

EL PIRATA NEGRO
-PROVENSAL-
3 PTAS
LOS CUERVOS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los cuervos

Colección El Pirata Negro n.° 41

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


los CUERVOS

CAPÍTULO PRIMERO

El corsario y su lugarteniente

El seto que circundaba el gran jardín en cuyo centro se erguía el castillo de Civry, tenía una continuidad compacta, sólo truncada por la cincelada verja que, abierta de par en par, proyectaba en el césped sombras retorcidas.

A cada lado del armazón de hierro, dos grandes columnas soportaban en su remate el núcleo de cadenas de las que colgaba una linterna que desprendía rojizos resplandores.

Dos caballos rumiaban estólidamente, atadas las riendas en la argolla empotrada en una de las columnas de entrada.

La nitidez del cielo, intensamente negro-azul, destacábase aun más, en contraste con el titilar de la miríada de estrellas que lo poblaba. No era una noche fría, sino de frescura aromatizada por los efluvios de la exuberante vegetación de toda índole que extendíase alrededor del castillo, aislándolo.

El halo rojizo que hasta entonces proyectaba un círculo de luz en la entrada, donde los dos caballos daban cabezadas de vez en cuando, aureoló ahora a un fornido coloso, de negros cabellos largos y enjuto rostro saturnino, en el que dos ojos fieros, estriados de rojo, hablaban de un carácter violento, de turbulentas pasiones.

Vestía un atavío compuesto de bota alta con vuelo a medio muslo, calzas ceñidas de tela amarilla, ancha faja roja y amplia camisola blanca.

Un corto tahalí le pendía del hombro izquierdo, conteniendo un ancho puñal-machete. Para cualquier morador de los puertos franceses, aquel individuo habría sido rápidamente identificado por sus ropas como corsario tripulante del “Bellephor”, la nave capitaneada por Antoine Legay, “‘el Nantés”.

En aquellos instantes portaba una carga humana que, en sendo y doble abrazo, mantenía contra sus costados. Demostraba la robustez de su constitución el hecho de que andara sin la menor fatiga, sosteniendo con el brazo izquierdo a una mujer desvanecida, y apretando contra su pecho, inmovilizándole los brazos, a una niña de cabellos rubio-rojizos que gimoteaba y perneaba vigorosamente.

—Átalas y amordázalas al arzón, mi buen Tallejac.

La voz que acababa de dar aquella orden era hiriente y aguda. Voz imperativa, por su vibración reposada.

El llamado Tallejac dobló la rodilla izquierda y depositó en el césped, entre las dos columnas, a la desvanecida. Encaramó a la niña encima de la silla del caballo de su jefe, y con la falsa rienda rodeó las frágiles muñecas de la criatura, manteniéndolas contra el pomo del arzón.

Extrajo un pañuelo y cesaron los gritos de la niña, que, cerrada la ancha boca por el lienzo, giró despavorida las pupilas azules, mirando como fascinada al hombre que había surgido de la obscuridad del jardín y se quedó inmóvil, riendo silenciosamente, adosado a una de las columnas y rozando con sus blancos cabellos la base de la linterna.

La luz rojiza daba un aspecto diabólico al rostro levemente demacrado, de pómulos salientes, delgada boca y ojos de un gris metálico, inhumano, sin calor de vida.

Antoine Legay vestía elegantemente de tafetán azul; el rico paño estaba festoneado por encajes de plata en el coleto y en el borde de las mangas. Resaltaban tanto más sus blancos cabellos alzados airosamente en rizos naturales, cuanto que era un hombre joven.

Y bajo el sobaco llevaba un chambergo rematado en pluma azul, que se colocó antes de extraer de su bolsillo una cajita de oro, y aspiró el polvo de rapé.

Contempló risueño como su lugarteniente terminaba de atar en el mismo arzón, donde ya estaban las manecitas de la niña, las dos muñecas de la desvanecida, a la cual, una vez amordazada, con un jirón que arrancó del corpiño femenino colocó atravesada a lomos del caballo.

Bajo la luz de la linterna, un rubí enorme centelleaba con rojizos resplandores en el lóbulo de la oreja derecha del jefe corsario.

Antoine Legay, “el Nantés”, era un endiosado e inteligente

aventurero, de despiadada alma. Había logrado una fama bien merecida a los treinta años, no ya por la valentía que demostraba en los combates, sino también por su licenciosa vesania.

En los días en que, después de arriesgadas expediciones, mantenía anclado su buque y permanecía en suelo francés, por donde pasara en su silla de manos conducida por dos corsarios, padres, maridos y hermanos apresurábanse a, poner a buen recaudo a sus hijas, esposas y hermanas.

Legay, “el Nantés”, tenía la amoralidad de un ave de rapiña, y consideraba que cuanto él hiciera tenía que ser no sólo acatado, sino elogiado.

Daba la razón a los que le reputaban como hombre de una jovialidad peligrosa. Sus detractores afirmaban que reía como una hiena que se dispusiera a cebarse en macabro festín. Sus apologistas pretendían que reía duramente, pero con contagiosa hilaridad.

Jugueteó unos instantes con sus encajes, introduciendo entre ellos bus largos y blancos dedos, ricamente enjoyados con grandes gemas.

—Acércate, mi buen Tallejac.

Su voz era de timbre tan metálico como los destellos de sus grises ojos, plateados y semejantes a dos rendijas de acero en la arcillosa palidez de su rostro, en el que el sol no podía hacer presa.

El fornido sujeto de rostro enjuto acercóse. En él no despertaba hilaridad la risa siniestra que bailaba, en los labios del jefe corsario.

—¿No te repugna ser mi cómplice en el empleo de esas dos niñas como parapeto humano contra la emboscada del pirata que nos aguarda?

—No soy vuestro cómplice, capitán. Soy vuestro lugarteniente y acato órdenes, sin discutirlas, comentarlas-replicó bruscamente el llamado Tallejac.

—Pero son dos mujeres, dos españolas. Como tú; mi bueno y querido Tallejac.

—Dejé de ser español, capitán, cuando me enrolé en vuestro buque corsario.

—Tienes razón.

EL duro perfil de halcón del nantes mostraba ahora una fingida indiferencia, mientras añadía:

—Dijiste que los medrosos se persignan a mi paso, mi buen

Tallejac. Ha habido un español que no lo ha hecho... ¡y lo hará! Pero lo hará instantes antes de agonizar. Me refiero al que nos tiende emboscada, esperándonos en los contornos del castillo de Corbigny. Supo eludir la que yo lo tendí, Ha sabido reducir a la impotencia a los lacayos y a los dos torpes que puse en acecho allá. Pero a fe mía que tendré el honor de que en los mares antillanos sepan que fué Legay “el Nantes” quien dió muerte al Pirata Negro.

Piratas y bucaneros habían sido los más mortales enemigos del Nantes. Les había vencido, prodigando los crueles tormentos casi con rutinaria indiferencia.

Pero lo que nunca perdonaba era la insolencia del que le infirió la ofensa de valorarle por debajo de la suprema categoría que él mismo se atribuyó,

—Hay en el castillo de Corbigny una sala de suplicios, mi bueno y querido Tallejac. Está en condiciones idénticas a las que tenía en los albores del siglo XIII. No hallaré reposo hasta lograr que los hierros y el potro terminen para siempre con la carrera del Pirata Negro. Habla, mi bueno y querido Tallejac. Te enrolé como segundo, cuando maté al que ya no me servía, porque vi en ti muchas cualidades. Adiviné que en tu pasado había mucha categoría... ¡como oficial que fuiste de galeón español!

—Extremo que yo mismo aseveré, capitán. Pero la noche avanza, y, salvo vuestro mejor parecer, deberíais ya apresuraros a poner fin a vuestra querella particular con el pirata español.

—Él nos aguarda, y no se moverá de su ventajosa posición. Cree que la noche le ayuda. Y en verdad que tiene temple digno para ser enemigo mío. Logró dejar inermes a los que tenían orden de cazarle. Es magnífica la labor de un pirata que, solo, asedia un castillo defendido por diez lacayos armados de mosquetones y dos corsarios escogidos. Eres impulsivo, mi bueno y querido Tallejac. No sabes refrenar tu ardiente sangre nativa... O creo que sí, según los casos. Soportas muchas indignidades con las que me complazco en utilizarte como piedra de toque. En cambio, ahora pareces tener prisa por terminar con esta empresa, como si te repugnara,

—Vos mandáis y yo obedezco, capitán.

Las réplicas eran bruscas. El continente del hombre que, llamado Tallejac por su jefe, respondía en verdad al nombre de Lope y al apellido de Holgado, era el de un disciplinado marino.

—Te sugiero lo que puede suceder, Tallejac. Al aproximarnos al castillo de Corbigny, el pirata puede disparar, oculto en la arboleda.

—Vos apresasteis a la niña y la dama para evitar tal posibilidad, capitán.

—Basándome en la leyenda de caballerosidad que envuelve al Pirata Negro. Pero supongamos que por su notorio afán en luchar contra los corsarios, a los que estima cobardes piratas protegidos por la ley, olvida su romántico sentimentalismo y dispara. ¿Puede Antoine Legay, "el Nantés", caer en un bosque provinciano, lejos del fragor de los combates en el mar?

Y más cuando tengo entendido que el rey quiere encomendarme una gran misión, que aumentará mi fama. Y sobre todo ahora que la marquesa de Corbigny va a ser mi esposa, y tengo a esta española a mi merced, para adornar placenteramente mi camarote por unos días... He imaginado algo mejor, mi bueno y querido Tallejac. Dame tu machete...

Tendió Legay la mano enjoyada. Lope Holgado desenvainó el cuchillo qua le era solicitado y lo depositó en la palma del corsario, que jugó con la hoja afilada pasando por ella sus largos dedos, en los que fulguraban las piedras preciosas.

—Deja en el suelo la pistola que enfundas en la faja.

Lope Holgado obedeció, impasible.

—Ahora que estás desarmado, puedes ser el mejor de los emisarios. Enarbola bandera blanca, colocando tu propia camisa al extremo de la vara que tú mismo cogerás de un árbol. ¡Presto!

Lope Holgado quitóse la camisola. En su hercúleo tórax broncíneo adquirieron relieve los poderosos músculos cuando de un árbol próximo desgajó una rama, cuyas hojas y ramillas fué arrancando después.

En el extremo anudó las dos mangas de la camisa. Antoine Legay, entrecerrados los párpados e inmóvil bajo la linterna, le examinaba, torcida la boca en mueca diabólica.

—Montarás a caballo, mi bueno y querido Tallejac. Tu bandera blanca demostrará al pirata que quieres parlamentar. Le dirás que en mi poder están Rosa Hoyos y su hija. Le dirás que estoy en el castillo de Civry. Nada más. ¡Aguarda! Es muy posible que él te dispare o te mate, cuando termines de comunicarle el mensaje. ¿Has pensado en ello?

—El hombre que no corre riesgos, no consigue lo que pretende, capitán.

—Tienes razón. Si el Pirata Negro te mata, lo lamentaré, ¿sabes, mi buen Tallejac? Te tengo aprecio… y hubiese querido que tuvieras el honor de morir bajo mi mano. Los muertos que mata Legay, pasan a la, posteridad.

Dirigióse Lope Holgado a su caballo, montándolo y desatando sus riendas. No miró hacia el otro, donde en la silla la desvanecida y la niña estaban atadas por las falsas riendas al arzón.

Antoine Legay continuaba adosado a la columna, bajo la linterna.

—Un aviso, mi buen Tallejac. Si matases al Pirata Negro, así te escondieras en el hoyo más alejado de un desierto, yo no descansaría hasta conseguir dar contigo. Ya sabes cómo torturo, Tallejac. Recuérdalo. Y como es posible que sea ésta la última vez que tengas el honor de que te hable, te permito que me des tu opinión sobre mi presencia en los castillos de Civry y Corbigny.

—¿Como hombre o como subordinado, capitán?

—Como el caballero que fuiste antes de desertar de tu galeón y convertirte en esbirro a mis órdenes.

—Entonces, os diré que en el mar sois un buen jefe de asesinos. Yo me lie impuesto la obligación y el deber de obedeceros. Pero vuestra llegadas esos dos castillos, en los que se vivía con tranquilidad, ha trazado vuelos de cuervos en sus almenas. Cuervos de muerte y sadismo. Ni siquiera os cabe la excusa de un cerebro desquiciado. Nacisteis malvado y vuestra muerte será horrible. Os lo profetizo, y hago votos para ello, porque sois un monstruo de fría perversidad.

Antoine Legay rió complacido. Era el mejor de los elogios oírse tildar de monstruo perverso.

—Tu ruda franqueza es de mi agrado, Tallejac. Pero no obsta. No obsta para que te asegure que, si no caes malherido por el Pirata Negro, tarde o temprano yo mismo te mataré. Podrías ser un lugarteniente peligroso. Eres inteligente y valiente. No eres simplemente un bruto, como los demás que están bajo mi mando. Hay instantes que no té entiendo, Tallejac. ¿Por qué me obedeces tan ciegamente si me odias?

—Me alisté como corsario, y cumplo, capitán.

—Si sabes que fatalmente he de matarte, ¿por qué no escapas al destino que te anuncio, dándome muerte o intentándolo?

—No puedo ni quiero mataros, capitán.

—Eres enigmático, mi buen Tallejac. En fin, yo hago votos para que el Pirata Negro te deje en pie. Si te sacrifico, es porque tu vida no vale la centésima parte que la mía. ¡Pica espuelas! ¡Largo!

El español obedeció, y a todo galope internóse en la obscuridad. Su musculoso brazo enarbolaba la vara en cuyo extremo ondeaba el lienzo blanco, que en la noche prestaba a la figura una apariencia fantasmal.

Legav, "el Nantés", fué a desatar el caballo en cuya silla una niña lloraba enmudecida por la mordaza, reRosantes sus pupilas azules de un temor indescriptible.

Rosa Hoyos, la esposa de Diego Lucientes, continuaba inmóvil, privada de sentido.

La diestra enjoyada del corsario acaricióle los negros cabellos.

—Sensible espectáculo de una feminidad indefensa-dijo en alta voz Antoine Legay, mientras sonreía.

Fué conduciendo el caballo a través del jardín, y poco después encerraba a la niña, en un cuartucho donde se amontonaban chucherías y juguetes, y, llevando en brazos a la desvanecida, fué a depositarla en el diván de un salón profusamente iluminado por los candelabros.

Aseguró las ventanas con aldaba y cerró las contraventanas de gruesa madera reforzada en planchas de hierro, Luego, sentóse en un sillón, dando la espalda al diván, y tendiendo las piernas dirigió el cañón de su pistola hacia el corredor.

Por un espejo veía también a la que ahora removíase en el diván...

CAPÍTULO II

Animos en tensión

El castillo de Corbigny distaba dos leguas del de Civry, separado de aquél por un selvático boscaje, entre el que dificultosamente se abría paso un sendero flanqueado de exuberante vegetación.

Para un observador que no estuviera en el secreto de lo ocurrido, era un castillo excesivamente vigilado. Apostados en esquinas y árboles, y en la balaustrada de la terraza, se veían hasta diez individuos que en la penumbra podían identificarse como lacayos por sus libreas.

Llevaban entre manos un mosquetón alzado ante el pecho. Pero, tras una nueva observación, más de cerca, se advertía que tenían un desmadejamiento especial, que luego podía comprenderse se debía a las ligaduras que les mantenían atados en los sitios donde se hallaban.

A ambos lados de la escalinata había otros dos individuos, caídos en el

suelo y también inmóviles por expertas ligazones. Vestían el atuendo de los corsarios de Legay.

La luz que brotaba del interior desparramábase escalinata abajo, dando livideces espectrales a la silla de manos que a un lado de los amplios peldaños contenía un ocupante: un pelirrojo que, si bien al parecer estaba amordazado y con los brazos atados a ambas ventanillas, no tenía el ánimo en tensión por su aparente postura de preso inerme.

El extremo de la corrediza enlazada introducíase entre sus dientes fingiendo mordaza. Era la “presa antillana”, ardid que algunos piratas empleaban para atar a amigos, a los que, por razones circunstanciales, querían presentar como prisioneros.

Bastaba con que el atado echase hacia atrás la cabeza para que el complicado enlazamiento se desenrollase, liberando al presunto prisionero.

Había sido el propio Pirata Negro quien, para evitar que pudiera recaer sobre Lucientes alguna responsabilidad en todo lo sucedido, y que fuera acusado de complicidad con un pirata perseguido, habíale maniatado y amordazado con la "presa antillana" en el interior de la silla de manos en la que Antoine Legay había efectuado su viaje desde Nantes, en pomposa exhibición de su personalidad famosa y temida.

Diego Lucientes sabía que el Pirata Negro rondaba por allí, al acecho de la llegada de Legay y su lugarteniente. Pero temía que el jefe corsario hubiera ido en busca de considerables refuerzos.

Intervendría sólo en caso de extrema precisión, porque no ignoraba que el quisquilloso temperamento del Pirata Negro no le consentiría ayuda,

Y, por encima de todo, tenía que obedecer a la hidalguía que había inspirado el gesto del Pirata Negro aprisionándolo. No era por él. Era para evitarles a Rosa y su hija Gaby las molestias que podría acarrearles si se supiera que Diego Lucientes conocía la identidad verdadera del pirata.

Por eso era parte de su obligación mantenerse en la silla de manos, y más tarde, cuando alguien le liberase, imprecar contra el "osado pirata", renegando de la amistad que le había otorgado, "ignorante de su verdadera personalidad".

Era fingimiento no muy del gusto del que meditaba en todo ello en el interior dél cómodo vehículo, ahora inmóvil. Pero debía llevarlo a cabo por ellas dos, las que suponía aguardándole confiadas y alegres en el castillo de Civry.

Pero, al igual que el Pirata Negro, tenía la cualidad de apreciar los momentos de peligro desde un punto de vista humorístico. Y le hizo sonreír el pensar que el único hombre que andaba libremente, su amigo el Pirata Negro, podía ser considerado como el único sitiador de un castillo rodeado por diez lacayos con mosquetones...

En uno de los salones interiores del castillo de Corbigny, un anciano retenía a la que pretendía abandonar la estancia.

—No vayas, Mireille. Oíste lo que dijo el pirata. No tardará en estallar la pelea..., y él mismo aseguró que la plebe de piratas y

corsarios no respetan ancianidades ni feminidades.

Ella, una mujer de delicada belleza virginal, desistió de su propósito, y fué de nuevo a sentarse, ocultando el rostro entre las manos.

Etienne Laurent, el viejo preceptor de la huérfana y rica marquesa de Corbigny, sentóse junto á ella.

—No pierdas el ánimo, Mireille —habló paternalmente—. No ignoro que es estremecedor lo que ha sucedido, pero no quiero que arriesgues tu vida abandonando este salón. Oíste lo que advirtió el pirata. Mientras no salgamos de aquí, nada te ocurrirá.

—Es vergonzoso, Etienne-dijo ella apartando sus manos y enlazando las del anciano. Descubrió el rostro, ya más sereno, —¿Creéis que no es humillante qué el pirata haya vencido a toda la servidumbre? ¿Y que haya tenido la insolencia bestial de decir que mi... mi piel le es indiferente?

Para aplacarla el anciano sonrió bondadosamente, palmeteando las manos de Mireille de Ferjus, marquesa de Corbigny.

—Yo no me ofendí porque me calificara de momia, Mireille. Es natural que estos bandidos tengan palabras poco corteses. Pero piensa que habría podido matarnos... No lo hizo.

—¿Lo defendéis, Etienne? —interrogó ella con enojo.

—No, no. ¡Líbreme el cielo! Es un pirata y hallará castigo a manos del corsario Legay... No pienses más en el pirata.

—Ronda como un cuervo de muerte alrededor del jardín, Etienne.

—No vencerá a Legay. Tu corsario es hombre que ha conseguido su fama porque salió indemne de mil combates...

—¿Mi corsario?

. —Pidió tu mano...— y tosió Etienne Laurent —, algo bruscamente, pero con perdonable soberbia en quien a los veintisiete años es el primer corsario del rey. Sabes que siempre te dije que el nombre de los Ferjus no puede extinguirse. Y un enlace con Antoine Legay no es deshonroso. En la corte de París muchas son las encopetadas damas, con títulos tan valiosos como los tuyos, que estarían muy orgullosas de que el corsario las pidiera en matrimonio.

El apuesto corsario, exótico y provisto de su fama de valentía y audacia, había causado honda impresión en el ánimo romántico de

la huérfana marquesa.

—Pero vos mismo, Laurent, habéis puesto en su lugar valientemente a Legay, diciéndole que un corazón de mujer no es un barco que se rinde al abordaje.

—Métodos de marino que, entre tú y yo, no podemos reprocharle, Mireille. Muchos otros galanes hay que, sin los méritos legítimos conseguidos por Legay, creen también que el método más seguro para conseguir amores es el abordaje. Que la débil feminidad sucumbe a veces voluntariamente ante el arrollador ataque en que... En fin, son materias arduas, y tú eres una ignorante chiquilla.

—No lo creáis, Etienne. La soledad en que mi espíritu ha vivido desde la muerte de mis padres, no teniendo más cariño que el vuestro, al que le doy todo su valor paternal, me ha permitido extraviarme en meditaciones. Yo detestaba a los vacuos y hueros galanes cortesanos, atentos a sus vestimentas y a emperifollarse, y cuyo ejercicio más arriesgado era retarse a duelo, donde la leve herida bastaba para darles fama de hombría. Por eso siempre soñé con un hombre cuya accidentada vida tuviera turbulencias de sangrientos avalares. Pero ¡no puedo seguir hablando, no puedo! Mientras ronde este pirata por los jardines, acechando a Legay, mi ánimo está en vilo, suspensa y pendiente de lo que no puedo evitar... ¡porque soy cobarde! Confieso que tengo miedo, Etienne.

—Yo también lo tengo, Mireille. No debemos avergonzarnos de ello. Tú eres mujer que nunca se vió en tales trances. Y yo soy hombre que quemó sus ojos y vivió sus días entre libros y filosóficas contemplaciones de la Naturaleza. Tu corsario y el pirata han venido a quebrar la tranquila y envidiable monotonía de nuestras existencias, convirtiendo esos parajes solitarios en antesala del Caribe.

—Pero ¡no los comparéis! ¡El pirata es quien invadió Corbigny! ¡Él es quien, con Dios sabe qué intenciones, rondó esos contornos!

—No te extravíe la tensión de tu ánimo, Mireille. Tú misma reconociste este mediodía que intervino muy oportunamente en ocasión en que Legay se estaba comportando contigo brutalmente. Después, le fué tendida una emboscada en la que tus lacayos cooperaron. Si se salvó, y luego consiguió entrar aquí sin matarnos, no es un bestial y sanguinario asesino...

—¿Volvéis a defenderlo?

—No. Me limito a exponer filosóficamente lo ocurrido. Otro pirata cualquiera habría obrado como tal. Recuerda que los lacayos están reducidos a la impotencia. Están atados. Nadie podía oponerse a los propósitos malvados del pirata, si tales propósitos le hubiesen traído a Corbigny. Yo, un débil anciano, habría sido fácil víctima, y hubieras quedado indefensa a su merced. No te alarmes, Mireille... El pirata no pretende daño alguno contra ti. Desea tan sólo vengarse de Legay, y por cuanto al nantés se refiere, no temas... Tiene muchos recursos, como hombre que ha triunfado en la mortal y peligrosa carrera de corsario deambulando por mares hostiles y piratas y bucaneros enemigos.

—Su tardanza me inquieta.

—Nosotros no entendemos de luchas, Mireille. Pero creo que Legay habrá aguardado a que las sombras de la noche le sean propicias...

—Pero pueden serle perniciosas, porque también favorecen al pirata que insolentemente puede considerarse dueño de Corbigny...

—No te preocupes, Mireille. Calma tu ánimo...

—Deberíamos hacer algo. Ir a Angulema y solicitar el auxilio de las fuerzas del rey...

—Salir, significaría la muerte. Tú misma has reconocido que el pirata es dueño del castillo. No podríamos ir lejos sin que su vista habituada a tales lides nos diera alcance..., y entonces, quizá ni tú le fueras indiferente ni yo le pareciera una piel momificada.

—¿Y si... si hubiese venido a Corbigny para raptarme? —preguntó ella, anhelante y empavorecida.

—Lo hubiese hecho ya, huyendo con su presa. No temas tal coyuntura, hija mía. Anda, cierra los ojos, y procura dormir.

—¡No puedo! ¿No tenéis sangre en las venas, Etienne? ¿No os dais cuenta de nuestra situación? La noche a nuestro alrededor... Solos y el pirata.

—Legay le apresará. Seguramente su tardanza obedece a que habrá ido en busca de refuerzos. No nos queda más alternativa, en este dilema, que permanecer como estamos. Si quieres, si insistes, puedo intentar ir a Angulema a pedir el auxilio de los defensores de la ley. También, si quieres, puedo intentar, a favor de la obscuridad, liberar á los lacayos. Si lo deseas, puedo Salir armado, e intentar matar al pirata...

Ella besó en la mejilla al anciano, que, mientras exponía lo que podía intentar, lo hacía con labios temblorosos.

—No, mi querido Etienne. Seria inútil y podríais perecer. No nos queda más remedio que esperar... y confiar en Legay.

De vez en cuando, en el silencio que siguió, Mireille de Ferjus miraba hacia la ventana que, dando a la terraza, enmarcaba Un rectángulo de sombras.

Temía ver aparecer el rostro varonilmente hermoso del que rondaba en espera de tender la emboscada al corsario que aquella misma mañana le había precedido apareciendo por Corbigny.

Desde donde estaba, no podía la marquesa de Corbigny ver al hombre que tanto temor la inspiraba, y que, oculto en la enramada de un árbol, al exterior del jardín, aguardaba a que por el sendero se presentase Legay y su lugarteniente.

El Pirata Negro, pistola, en mano, colocóse la daga entre los dientes cuando fué acentuándose el rumor de unos cascos de caballo acercándose a un galope que, decreciendo, pasó a ser trote, hasta convertirse en paso rápido.

Su primer propósito de descerrajar pistoletazo mortal contra el lugarteniente y saltar a la grupá del corsario en jefe, empleando sin escrúpulos la daga que cortaría de raíz la vida del hombre que había manifestado sus libidinosas intenciones hacia Rosa Hoyos, modificóse al ver que el qué avanzaba era el lugarteniente.

Enarbolaba en alto un palo a cuya extremo ondeaba un ancho lienzo le blancura amarillenta: una camisa. La del mismo jinete, cuyo torso resaltaba poderoso siluetándose en la obscuridad.

Enfundó la daga el Pirata Negro, y por un instante temió celada. Por eso no abandonó su seguro refugio, del que, en el caso de peligro, por estar cercano el astuto jefe corsario, podía saltar a otros copudos árboles.

Limitóse a ordenar:

—¡Alto, parlamentario del demonio! ¡Quieto, o reza pronto!

CAPITULO III

El enigmático Tallejac-Lope Holgado

El jinete continuó brazos alzados, pero sus rodillas debían ser poderosas, por cuanto, presionándolas y sin ayuda de riendas, mantuvo inmóvil al caballo.

Miró hacia lo alto, hacia el ramaje de donde procedía la voz imperativa.

—Vengo en misión ordenada por Legay, “el Nantés” —anunció brusca mente, con su habitual crudeza da tono.

Pero hablaba en español.

—¡Tate!... —resonó desde las ramas una voz sarcástica—. Hablas el español mejor que yo. Y tu nombre de Tallejac es francés. Y eres corsario lugarteniente de Legay. Te miro con tres pupilas, Tallejac. Las mías y la de mi pistola. Creo que eres un imprudente bellaco. ¿De cuándo acá piensas que voy a darle honores de parlamentario al que esta misma tarde me tendió celada traidora? Tú eres corsario, y yo, pirata. Fauna de la misma camada, para, quienes la vida y el honor son cosas muy baratas.

Y yo, que de listo presumo, mal adivino a qué diantres me has venido a obsequiar con tu pellejo. ¿Merodea por las cercanías tu amo, perro?

—El nantés está en el castillo de Civry... No dispares, pirata. Tengo que hablarte de muchas cosas. Salta a tierra, y no tendré que gritar, cosa que no me conviene. Pueden oírnos los dos corsarios que tú tumbaste. Saben algo de español.

—Saltaré a tierra cuando te pisotee los huesos, perro-y la voz por entre la obscura enramada tenía vibraciones amenazadoras —. ¿Qué habéis hecho en Civry?

—Si me das muerte, favorecerás a Legay.

—Tú eres su perro guardián.

—Soy temporalmente su segundo, pirata. Me mandó con la idea de que posiblemente tú me matarías, al yo comunicarte su mensaje. Me aprecia como lugarteniente y a la vez me odia porque le hablo sin ambages. Y no perdona a los que hieren su amor propio, como tú lo has hecho.

—Hablas en tonos poco adecuados a tu cargo, Tallejac. No te muevas, y continúa con los brazos en alto. No doy un maravedí por tu pellejo si intentas escapar.

—Soy como tú, Pirata Negro. Huyo tan sólo cuando preparo treta para vencer. Y también me humillo cuando un deber patriótico así me lo exige.

—¿Qué hablas tú de patria? Eres peor que un paria, porque, siendo español, te prestas a las iniquidades de un corsario francés. Habla prestó. ¿Qué mensaje traes?

—Legay tiene en su poder a Rosa Hoyos y a la niña-dijo lacónicamente Lope Holgado.

Conservaba en alto el rostro saturnino, sombrío, que no predisponía a su favor, y que era, en realidad, máscara que la Naturaleza le había proporcionado. Máscara sin fingimientos, que ocultaba la ruda valentía de un corazón valiente y justiciero...

El salto del Pirata Negro fué prodigioso. Rebotó sobre la punta de sus botas y dominó con la zurda el aspaviento con que el caballo empezaba a encabritarse, asustado.

A la vez, su pistola hundióse brutalmente en el costado del jinete.

—Sigue contándome tu mensaje, Tallejac.

Ahora la voz era suave, casi amable... Más peligrosa que cuando amenazaba. No se engañó Lope Holgado...

—El propósito del nantés es evidente, Carlos Lezama. Quiere suscitar en ti el enojo de tu temple caballeresco. Sabe que acudirás a Civry para rescatar a las dos pobres que yo mismo até al arzón de un caballo. Y te matará..., pero torturándote antes... Quiere llevarse a Rosa Hoyos... Matará a la niña sin el menor remordimiento... Te achacará esa muerte a ti mismo... Ahora, dispara, si quieres, Carlos Lezama., Matarás al capitán Lope Holgado, oficial de galeón, en misión secreta.

—Ahora cuéntame uno de miedo, Tallejac-y el Pirata Negro

engarfió el índice alrededor del gatillo —. Con que el perro que confiesa casi con orgullo haber atado a dos niñas, ¿quiere hacerme creer que es un paladín de la patria española?

—Me impuse la labor más penosa que hombre alguno puede soportar, Carlos Lezama. Cuando fui llamado por mi jefe allá en la Española, acepté, sabedor de que tendría que compartir indignidades. Fingí ser un desertor expulsado por Camorrista. Peleé en un puerto antillano contra cuatro hombres, porque estaba presente Legay. Éste, que acababa de dar muerte a su segundo, me hizo objeto de un largo interrogatorio. No le oculté que era un antiguo oficial de galeón. Necesitaba un lugarteniente...

—Sigue. Me interesa tu imaginativa mente.

—Mi jefe tenía barruntos, por informes recibidos, de que Legay había sido elegido por el rey de Francia para dirigir una expedición contra islas españolas de las Antillas. Una expedición bajo pabellón pirata. Yo debo velar por la vida de Legay, y, si éste no me mata, lograr averiguar de dónde y qué fuerzas compondrán las naves que saldrán de un punto ignorado. Legay ha venido a Francia para recoger las últimas órdenes. Puedes creerme, Carlos Lezama. Y si no, cuando tengas ocasión, y estés en el Caribe, comprobarás que el hombre al que no crees no te mintió en esta noche otoñal francesa.

—Tengo harturas de ardides, Tallejac. Corsarios más inteligentes que tú pretendieron también engañarme.

—Deja que me apee. Golpéame, con la culata, que no me defenderé. Átame sólidamente en un árbol. Déjame indefenso. Vete a Civry. Maltrata a Legay. No le mates. Humíllale. Márcale el rostro en infame chirlo. Escríbele la palabra “cobarde” en la mejilla... Haz esto, y será tu mejor venganza. Legay muerto, no te bastará, para castigo. Pretende torturarte. Tú no usas torturas. Pero hazle objeto de la peor tortura, humilla su amor propio de endiosado. Es una hiena que ceba sus lujurias en pobres mujeres. Las olvidará para pensar sólo en vengarse de ti. Se lanzará al Caribe buscándote...

Mientras hablaba, siempre con los brazos en alto, fué lentamente apeándose Lope Holgado. Aplicó sus anchas espaldas contra el tronco del árbol en que instantes antes se ocultaba el Pirata Negro.

Colocó sus dos manos abiertas contra la corteza medio metro atrás de su cuerpo.

—Pégame un culatazo, Carlos Lezama. Que cuando Legay venga,

me vea reducido a la inutilidad. Y que yo vea en su rostro la marca infamante. Tú eres para, los españoles un pirata… Pero un pirata caballero, Carlos Lezama..

El Pirata Negro avanzó hasta que su aliento rozó el sombrío rostro del capitán Lope Holgado.

Le quitó la ancha faja y, retorciéndola sin dejar de vigilarlo, formó una sólida ligazón con la que trabó las dos robustas muñecas. Dió vuelta al tronco y a espaldas de Tallejac-Lope Holgado, aplicó el pie contra la corteza, atrayendo hacia sí las dos muñecas.

Formó un nudo que ningún hércules podría romper. Con el tahalí que quitó del hombro del atleta, trabó desde atrás los dos tobillos.

Reapareció ante el enigmático lugarteniente.

—Si mientes o no, igual me da, paisano. Tu caballo me servirá para llegar a Civry.

—Legay tiene mucha experiencia en traidoras luchas. Recuerda, Carlos Lezama, que si le matas no habrás vengado suficientemente sus maldades. Humíllalo.

—Seguirá luego en su tarea de rufián.

—Cuando yo sepa, si él no me mata, lo que vine a saber, los galeones españoles darán cuenta de él y su piratesca incursión. Las mismas andanadas que a él le sepulten, a mí me hundirán con mucho orgullo, que morir por España es mi deseo.

Carlos Lezama dió un paso atrás. Alzó la pistola, manteniéndola encañonada contra el prisionero.

En la penumbra las cuatro pupilas relucieron. Por fin, el Pirata Negro murmuró:

—Creo que no has mentido, Tallejac. Me jacto de conocer a los hombres. Ladea la cabeza, si quieres culatazo que te exima de responsabilidad ante el corsario.

Obedeció Lope Holgado. Fué un golpe maestro. Aparatoso por la sangre, pero sin peligrosidad…

Limpió Lezama la culata contra el torso desnudo, del que ahora dejaba colgar la cabeza sin sentido encima del pecho.

—Si eres el capitán Lope Holgado, es un sacrificio más por la patria. Si no, buen provecho.

Saltó a caballo, y, dándole vuelta, lo lanzó al galope hacia el castillo de Civry.



... lo lanzó al galope hacia el castillo.

CAPITULO IV

Un notario, un guardabosques y los "chevaux-lègers"

Honoré Fripon, notario de Angulema, revisaba en su despacho el correo que de París acababa de recibir. Era escrupulosamente honrado, y administraba muchas posesiones del Loira, cuyos propietarios sólo acudían a ellas en los meses cálidos del verano, o a fiestas intermitentes de gran fasto.

Fué anotando a los márgenes de las cartas recibidas, con bella caligrafía, instrucciones para sus pasantes.

Rompió otro lacre, cortó con su cuchillo de despacho la cinta que envolvía un pergaminoso rollo, y leyó rápidamente. Pero, a medida que leía, una expresión de intenso asombro se plasmaba en su rostro inteligente, y las gruesas antiparras le resbalaron al extremo de la larga nariz. Releyó ahora pausadamente, moviendo los labios:

“En París, a 23 de octubre de 1710.

"Al notario Honoré Fripon, de Angulema.

”Distinguido señor:

”Como albacea testamentario que fuisteis de la difunta Gabrielle de Civry, cuya muerte acabamos de saber inesperada y fortuitamente, os interesará entrar en conocimiento de cuanto sigue, al igual que del documento, copia del legítimo en nuestro poder.

”Suponíamos que Gabrielle, respectivamente nuestra hermana y cuñada...”

Ojeó Fripon la firma que rubricaba dos nombres: Suzanne Lahaye y Luc Praviel, y siguió leyendo:

> “...nuestra hermana y cuñada, seguía en las Antillas, donde fué a la isla Martinica. Hemos sabido que murió en Civry, en extrañas circunstancias, y casada. Ella era heredera del patrimonio del gentilhombre Ferdinand de Civry, su padre legítimo. Pero a la muerte de Gabrielle, yo, Suzanne Lahaye, hija natural del caballero de Civry, paso a ser propietaria indiscutible de cuantos bienes haya dejado a su muerte.
>
> ”Ignoramos si legó a favor de su viudo. Si tal hizo, leed el documento adjunto, copia del legítimo, firmado y escrito de puño y letra por el gentilhombre Ferdinand de Civry.
>
> ”Enviamos esta carta para que toméis cuantas medidas pertinentes hagan al caso. Estamos poniendo en orden nuestras posesiones parisinas para emprender el viaje, primero a Angulema a visitaros, y después a Civry para residir en nuestro castillo.
>
> ”Quedamos vuestros servidores,
>
> ’Sumnnc Lahaye
> ”Luc Praviel.”

Honoré Fripon gruñó, irritado:

—Nuestro castillo... nuestro castillo... Vamos a verlo. —Y asestó un gordezuelo índice hacia los firmantes invisibles.

Apreciaba mucho a la castellana de Civry, la viuda de Diego Lucientes, que por la “muerte” de éste era la legataria de los bienes que la primera esposa del “difunto” habíale cedido.

Absorbióse en la lectura del documento notarial, que, con sus sellos y contraseñas, demostraba que era copia de otro documento, cuya legitimidad estaba fuera de toda duda.

Por él, y en el ampuloso léxico notarial, se determinaba que Ferdinand de Civry, habiendo tenido hija natural, de ilícitas relaciones, declaraba que a su muerte le sucedería íntegramente su hija legítima Gabrielle, pero que, en caso de muerte de ésta, todos

sus bienes pasarían a serlo de Suzanne Lahaye, revocándose con ello cualquier disposición que en otro sentido hubiera podido hacer Gabrielle de Civry.

No cabía la menor duda. Suzanne Lahaye y el firmante Praviel, seguramente su marido, puesto que aludían al parentesco de cuñados con la difunto, eran los que ahora debían ser considerados los propietarios de Civry y de cuantos bienes legó Gabrielle de Civry.

Algo insensibilizado por la profesión, no pudo el notario evitarse un gesto de desagrado. Le dolía tener que comunicar a la enfermiza española aquella brutal pirueta de la fortuna, que las dejaba a ella y a su hija desamparadas.

—Oh, bueno-meditó en voz alta —. Ella tendrá riquezas en España.

Apartó lo que acababa de leer, sin hacer anotación. Era asunto que él mismo resolvería. Siguió atendiendo a las otras cartas.

Así le sorprendió el pasante, que le anunció, mediada la tarde, que el guardabosque del castillo de Civry solicitaba ser recibido con toda urgencia.

Honoré Fripon, aunque sabía que la misantropía de Robert Charles le hacía odiar a todos sus semejantes, no por eso se consideraba incluido en los enemigos, sino que se vanagloriaba de que el guardabosque le tenía en un excepcional apartado de amistad.

—Hola, amigo mío. Estáis resoplando. ¿Habéis venido a la carrera? Sentaos, sentaos. “Compos sui”. Siempre dueño de sí mismo es el romano. Nosotros, de sangre latina, olvidamos muchas veces...

—Graves son las noticias que me han hecho venir, señor-atajó el guardabosque, poco deseoso de oírse enjaretar una letanía de latinajos —. El caballero Diego Lucientes ha llegado esta mañana al castillo de Civry, donde se halla.

—¡Saperlipopette! —gimió sobresaltado el notario—. ¿Habéis bebido, amigo mío?

—Agua al llegar a vuestra antesala.

—¿Estáis loco? El caballero Lucientes murió ahorcado... En fin, eso no os interesa. ¡Murió!

—Vive, señor notario. Fué un error del emisario que comunicó

la noticia.

—Tendrá que ser un farsante, un impostor...

—La señora Rosa no le hubiera recibido como a su marido, tan llorado. El júbilo reina en Civry...

—¡Diantres, diantres, diantres! Entonces yo voy a oficiar de cuervo al leerles la misiva que he recibido de París.

—He venido para pediros consejo, señor notario. El corsario Legay, "el Nantés", ha visitado Civry.

—¡Diantres, diantres, diantres!... ¡Qué tarde más agitada!... —resopló ahora el notario—. Alcanzadme aquel jarro de agua. Gracias, amigo mío...

Bebió un vaso, secóse meticulosamente con un amplio pañuelo de hierbas, y habló recelosamente:

—¿El corsario Legay? ¿A qué iba a Civry?

—Puso los ojos en la señora.

—¡Diantres, diantres, diantres!... Mal asunto. ¿Quién se opone a Legay, si su capricho es...? "Vade retro, Luciferius!"

—Un pirata español le cortó el paso.

Volvió Fripon a asir el vaso, que rellenó y vació de un trago. Secóse ahora con ruido, sonándose a la vez, y tosiendo.

—¿Estáis en vuestros cabales, amigo mío? Tened en cuenta que me anunciáis horribles novedades, impropias de la idílica paz de Civry y Angulema.

—Bien quisiera que todo fuera imaginación mía, señor notario-replicó tristemente el misántropo —. Lo cierto es que el pirata y el corsario quedaron emplazados a duelo en el castillo de Corbigny.

—¡Diantres, dian...!

—Si el corsario mata, volverá a sus intenciones. Un día me dijisteis que adivinabais que yo estaba enamorado respetuosa y secretamente de Rosa Hoyos. ¡Es cierto! Dispuesto estoy a matar a Legay..., pero es corsario del rey...

—Saperlipopette! ¡Qué tarde más agitada! Moderaos, amigo mío. Yo tampoco deseo que ningún mal le pase a la viuda... ¡Tiene marido! El la defenderá.

—Bien sabéis que no podrá luchar contra Legay, al que acompañan su lugarteniente y otros dos corsarios. Otros maridos cayeron pretendiendo defender la honra de sus esposas. Legay los mató. El rey fingió no saberlo, y las denuncias no prosperaron.

También sabéis que si yo mato a Legay, me conducirán al cadalso...

—“Pausa, parca, compos sui”. O como dicen los italianos, “chi va piano, va sano, chi va sano, va lontano”... Dejadme meditar, amigo mío. Me habeis aturrullado con vuestras noticias tan sorprendentes. ¿Un pirata? ¡Ya está! Id a pedir auxilio al comandante Têtu Lenoble. Lo pediréis contra el pirata. Viene solo el fementido bandido de los mares?

—Ya os dije que Legay...

—No seamos humoristas, Robert.

Me refiero al pirata.

—Solo viene.

—Mentid. Decidle al comandante Lenoble, que habéis visto rondar muchos piratas que se disponen quizás a asaltar Civry y también Corbigny. ¿Comprenderéis lo que ocurrirá? Lenoble al frente de sus treinta “Chevaux-Légers” volará hacia allá. Apresará al pirata. Y servirá de contención a los infames deseos de Legay. Ante un representante del Rey, el nantés no podrá llevar a cabo sus pérfidas y viles acciones. Lenoble permanecerá vigilando los dos castillos, en espera de apoderarse de los inexistentes piratas que... ¡Diantres! A lo mejor vuestro pirata vino acompañado, y realmente sus bandidos, están ocultos. ¡Corred, volad, ir a alertar al comandante Lenoble!

—El caballero Lucientes-dijo poniéndose en pie el guarbosques-me envió tan sólo para deciros que tuvierais a bien visitarle.

—Bien, bien, iré... Pero dentro de unos días... No por miedo... Porque seré portador de malas noticias... y en fin, ¡volad! Decidle al comandante Lenoble que yo os he aconsejado.

Robert Charles apresuradamente salió del domicilio notarial. En la calle, la noche había ya envuelto en sombras los edificios. De trecho en trecho, un farol de brazo sobresaliendo en la esquina, donde las calles se entrecruzaban, iluminaba débilmente la ciudad de Angulema.

Al extremo, más alejado del domicilio notarial, hallábase el caserón donde se alojaban los “Chevaux-Légers”.

Eran fuerzas de caballería seleccionadas. Escuadrones volantes, se les llamaba, porque sus expertos jinetes y sus briosas monturas pura sangre, tenían por cometido acudir a puntos lejanos, donde fuera requerida su intervención.

En fama empezaban ya a competir con los propios mosqueteros cuerpo rival, que también hacia gala de bravura, arrojo y temible maestría en el manejo de Ias armas.

Los treinta jinetes bajo el mando de Têtu Lenoble destacados en la ciudad de Angulema, entretenían sus ocios, durante la forzosa permanencia en el caserón, batiendo el naipe, ejercitándose en asaltos incruentos, atendiendo amorosamente a sus monturas y dialogando por grupos, narrando hazañas realizadas o hazañas por realizar y también proezas imaginadas.

Têtu Lenoble, achaparrado, de cortas piernas de hierro, y largo tórax, tenía un semblante redondo y colorado. Era amante de la buena mesa, y jinete desbravador sin parangón, tenía bien merecida su reputación de testarudo que una vez le llevó a saltar un muro de dos metros por una discusión.

Fracasó en el primer empeño y estuvo en manos del cirujano un mes, después de haber deslomado su caballo. Adquirió otro, repitió el salto...

A la cuarta vez, lo logró. Sus hombres le veneraban porque plasmaba las rudas virtudes del soldado de caballería, y era el primero en el ataque.

Los canosos cabellos cortados al rape, Têtu Lenoble alzaba la testa rapada, afirmando que un buen jinete no lleva peluca ni greñas. Tan sólo barba y mostacho. Y de ambas excrecencias pilosas abundaba el semblante rubicundo de Têtu Lenoble.

La limpieza para los hierros, los bocados, los estribos, los cueros. Esa era otra de las afirmaciones de Lenoble, y lo demostraba prácticamente porque no aceptaba que su ordenanza limpiase los arreos del caballo. Y sus hombres sonreían, comentando boca contra oreja, que “el comandante Lenoble necesitaba un ordenanza para su propia limpieza”.

Aludían al olor a establo, sudores rancios, y humanidad exhuberante, que despedía el brioso militar, que en aquellos instantes, mientras “sus muchachos” dividíanse en grupos, por los distintos compartimentos del caserón, paseaba por el umbral abriendo y cerrando la diestra con la que empujaba su barba en abanico y sus mostachos hirsutos.

—¿Mi comandante?

Detúvose Lenoble en su caminata, examinando desde su corta

talla, al que, mosquetón al hombro, le saludaba militarmente.

—Reposo, ciudadano. Yo soy Lenoble.

—Me envía el notario Fripon, de la ciudad.

—Conozco. Un barrigudo latinista, falto de ejercicio. Le convendría montar dos horas a diario, un buen potro cerril. ¿Qué con tu notario?

—Yo soy el guardabosques del castillo de Civry, mi comandante. Sabéis que el notario administra esta finca.

—No lo sé, ni maldita falta que me hace.

—El corsario Legay ha visitado el castillo.

—¿Legay? ¿Conqué Legay, eh? Bien ¿y a mí, qué?

—Un pirata español con sus hombres ronda, los castillos de Civry y Corbigny. Retó a duelo al corsario nantés, mi comandante.

El férreo brazo del jinete cesó de servirle para atusarse la barba y el mostacho. Se apoyó pesadamente en el hombro del guardabosque.

—Amigo mío. Tu incoherencia es de mal augurio. Notario, guardabosque, castillo de Civry, el corsario Legay, un pirata español... Cuidadito, cuidadito. ¿Pretendes acaso burlarte de Têtu Lenoble?

El bufido con que remachó el militar sus palabras, lanzó contra el rostro de Robert Charles un relente de vino, mezclándose ahora al olor a cuadra, sudores y roña que desprendían las ropas de cuero.

—El corsario Legay vino al castillo, mi comandante, porque... la castellana es hermosa.

—Allá ella y él. Legay es Legay. Mientras no sea ella quien me pida auxilio no voy yo a alcahuetear, ¡vientres y flancos de yegua!

—El notario me aconsejó, que os pidiera rápido auxilio, mi comandante.

—¿Legay le busca las cosquillas? —y satisfecho de su propia chanza, rió sonoramente Lenoble—. ¡A fe de un corvejón que eso está muy bueno! ¡Un notario pidiéndome auxilio contra Legay!

—Son los piratas, mi comandante.

—Muchacho, muchacho —reprochó Têtu Lenoble zarandeando por el hombro al alto y encorvado guardabosques, que le llevaba la cabeza en talla, pero que se inclinó bajo la pesada manaza—. ¿Piratas y españoles por añadidura, tan lejos del mar y en Angulema?

—Os lo juro, mi comandante.

—Vas a partir como un rayo hacia tu castillo, muchacho. Mis muchachos y yo iremos allá. ¡Pobre de ti si desvariaste! Vuelve grupas y trota hacia Civry. ¡Corneta! —gritó Lenoble, soltando a Robert Charles. .

Un corneta acudió corriendo, cuadrándose ante “el viejo”.

—¡Toque de asamblea! ¡Buen pulmón! ¡Toca también botasilla, cuando yo termine de hablar!

Los marciales sones metálicos coagregaron en la sala baja a los soldados del regimiento de “Chevaux-Legers”. Têtu Lenoble habló a su estilo.

—Un ciudadano, enviado por un escribano, afirma que, hay piratas por los bosques que circundan los castillos de Civry y Corbigny. Tenemos falta de ejercicio. Si hay o no piratas lo veremos. Un grupo de quince galopará a Corbigny. Tú los mandarás, Farcy. Conmigo las tres escuadras restantes. ¡No quiero cadáveres, sino presos! La noche es traidora y los disparos enloquecen a los mosqueteros... ¡pero no a los “Chevaux-Legers” de Têtu Lenoble! ¡Botasilla, corneta!

CAPÍTULO V

Un obstáculo tras una puerta

El sendero que por entre el bosque conducía del castillo de Corbigny al de Civry, ofrecía un leve declive, debido al cual, el Pirata Negro, a la mitad de su recorrido en dirección hacia Civry, refrenó su montura, que al tirón encabritóse, levantándose de manos.

Aquietó Lezama al bruto palmeándole el cuello, mientras, desde su posición, trataba de deducir quiénes eran los jinetes que habían llamado su atención.

Había sido el repicar de los cascos a todo galope, el que primero había suscitado un desviar de su pensamiento donde sólo alentaba la obsesión de verse frente a frente con el nantes.

Pudo luego, sin cesar en su avance, comprobar que los jinetes procedentes de Angulema, galopaban disciplinadamente en fila de tres, formando diez hileras, divididas en dos grupos.

Disgregáronse los dos grupos, y encabezados cada uno por otro jinete, tomaron direcciones opuestas.

Uno de ellos internóse en la espesura, atravesando el puente y orientándose hacia el lugar donde se erigía el castillo de Corbigny.

El otro, siguió carretera adelante al mismo tren de marcha, y bifurcó al llegar al puente que conducía al sendero de entrada al castillo de Civry.

No eran corsarios. Vestían ropas de cuero, con metálicos emblemas, y chambergo de copa baja, con barbuquejo bajo él mentón, en uniformidad idéntica.

A ambos lados de la silla, había dos fundas horizontalmente sujetas, de una sobresalía la culata de un mosquetón, y de la otra la redonda guarda de un corto sable de caballería.

Y todos ellos, menos los dos que encabezaban cada grupo, llevaban una corta lanza, cuyo regate apoyaban en un muslo, manteniéndola verticalmente.

Lanceros a caballo, meditó el Pirata Negro, que puso de nuevo su caballo al trote. Cuando lo detuvo en los alrededores de Civry, y descabalgando entre la arboleda, dejólo atado a un tronco, pudo ver que los quince lanceros abiertos en larga hilera, daban frente al castillo.

Seguían montados, en el interior del jardín, y el que los acaudillaba saltó a tierra en alarde de centauro, cuando aún su caballo seguía al galope.

El animal quedó piafando, junto al primer peldaño de la escalera, cuando ya Têtu Lenoble, subía por ella.

* * *

Antoine Legay, por el espejo, vió removerse en el diván a la prisionera. Siguió mirando al frente, apoyada la frente en los dedos de la diestra doblada mientras el pulgar y la palma le servían de cóncavo sostén que protegía al parecer sus ojos de la luz.

En la mano izquierda, la pistola rectamente dirigida hacia el corredor, aguardaba en letal espera.

Rosa Hoyos, pasándose la mano por la frente, fué sentándose poco a poco abandonando su yacente postura. Tardó en recuperar por completo el dominio de sus sentidos.

Sin volverse, Antoine Legay habló:

—No os mováis, mi linda viuda. Contra vos nada he de intentar. Pero vuestra hija me responde de que no seréis imprudente, en vano deseo de alarmar con gritos a quien pueda. venir.

—¿Mi hija? —inquirió débilmente la palmeña.

—A buen recaudo. La vida de la mocosa, me responde de que permaneceréis donde estáis, quieta y silenciosa.

El sonoro eco del galopar de muchos caballos, hizo que al irse acercando el ruido, Antoine Legay abandonara su sillón, y adherido a las paredes, corriera hacia el vestíbulo.

Imprecó entre, dientes, colérico, cuando comprobó quienes eran los que desplegábanse ahora por el jardín.

Regresó rápidamente sobre sus pasos, enfrentándose con Rosa Hoyos, que vencida por las sucesivas: emociones de aquel día, tenía en los ojos una vaguedad de zozobra y mareo.

—Cuidado con vuestra actitud, mi linda viuda. Vienen “chevaux-légers”. No quiero darles explicaciones de mis actos. Corroborad cuanto yo diga, y la niña no sufrirá daño alguno.

Oyéronse en el corredor unas recias pisadas. Volvió Legay fugazmente la cabeza para comprobar que el que se acercaba no era el Pirata Negro y fué de pronto un jovial huésped.

—...y es tal como os digo, señora. No pude nunca suponer que... —fingió entonces darse cuenta de que en el umbral del salón había un visitante.

Lentamente, dió media vuelta, encarándose con Têtu Lenoble, que llevóse la diestra abierta al vuelo de su chambergo, mostrando la palma.

—Buenas noches. ¿Es éste, supongo, el castillo de Civry?

—Ante la propietaria estáis, comandante replicó Legay.

Têtu Lenoble avanzó y chocó los tacones, de sus botas ante Rosa Hoyos, que dabase aire con un pañuelo.

—He sido informado por un ciudadano, que afirma ser el guardabosque del castillo, un sujeto mal encarado, alto y flaco, que... sucedían hechos extraños en los castillos de Civry y Corbigny. Como comandante en jefe de los “cheveux-légers” destacados en Angulema, he acudido.

Antoine Legay sonrió mostrando los dientes amarillentos.

—¿De qué habéis sido informado, comandante? No os extrañe que en casa ajena tome yo la palabra. La señora está algo indispuesta.

—Vos sois Legay, “el Nantés”, supongo-dijo el centauro, mirando con curiosidad al hombre que sólo conocía de oídas.

—Ese soy yo-dijo majestuosamente el corsario —. Como hombres que somos pertenecientes al ejercito de Su Majestad; podéis indicarme a qué obedece la cabalgata, que interrumpe mi coloquio con la señora

—El guardábosques pretendió que un pirata español, rondando por las cercanías y acompañado de sus bandidos, os retó a duelo, capitán Legay.

—Yo fui retado por un caballero forastero. Nada más. Os podéis retirar, comandante.

Para Legay era irritante que los “chevaux-légers” hubieran acudido intempestivamente, interponiéndose aunque sólo fuera por

un instante, entre él y el hombre al que conceptuaba en su poder, ya que contaba con dos frágiles existencias en rehén...

—¡Mi hija! —gritó de pronto Rosa Hoyos, poniéndose en pie.

Su mano, temblorosa: dirigíase contra el corsario, que encogióse de hombros, y volviendo la espalda al militar, miró tan duramente por un segundo a la palmeña, que ésta dejóse caer de nuevo abatida.

En los grises ojos había leído una sentencia implacable... Pero fueron sonrientes al mirar al comandante Lenoble.

—Justo temor. Habéis asustado a la impresionable señora, comandante con vuestra improcedente declaración de que hay piratas rondando. Será imaginación del guardabosques. Podéis retiraros.

Têtu Lenoble, aunque superior en grado, no ignoraba que el corsario poseía una poderosa influencia.

—Os obedezco, capitán Legay, pero por si fueran o no ciertas las declaraciones del guardabosques, dejaré vigilando el castillo a mis hombres, en espera de recibir los informes de Farcy, mi sargento, que en estos instantes se halla en el castillo de Corbigny.

—¡Hacedlo, os lo ruego! —suplicó anhelosa la que de nuevo en pie, más que andar, corrió hacia Lenoble.

El militar atusóse la barba en abanico y los mostachos con la palma de la mano. Miraba interrogador y alternativamente a la palmeña y al corsario.

Prefería el ceceo melodioso aunque angustiado de la española, al tono hiriénte e imperativo del corsario.

—Es absurdo, comandante, que montéis guardia donde no os la han solicitado. A ese guardabosques, le ajustaré yo las cuentas, por hacer perder miserablemente el tiempo a servidores del Rey.

Rosa Hoyos, con el valor de la debilidad, juntó las manos ante el desconcertado ofical, y aceleradamente, con la respiración entrecortada, fué diciendo:

—¡Acuso a este corsario por haber maltratado a mi hija! La tiene encerrada, en lugar que ignoro... Pretende matar a mi esposo... Es un ser sin piedad. Nos hizo raptar por su lugarteniente.

—¡Callad, señora! —atajó sonriente Legay—. No importunéis con vuestras locuras a un honrado oficial del Rey. No hagáis caso, comandante. La señora está sobreexcitada, por sucesos muy

distintos a los que cita, y que mi galantería me veda explicaros. Comprended la falsedad de cuanto intenta. Pretende que mi lugarteniente la raptó, y bien veis que estaba tranquilamente a solas conmigo... No os inmiscuyáis en querellas privadas, comandante. Por última vez, os ruego que os retiréis, así como vuestros hombres,

Vaciló ostensiblemente el militar. Por fin, pudo más el imperio del corsario, venciendo a la incoherencia de la que, ahora abatida, de nuevo cayó sentada, ocultando el rostro entre las manos, incapaz ya de hallar frases convincentes.

Llevóse Lenoble la diestra al chambergo, y silenciosamente abandonó el salón.

Antoine Legay, sonriente, le estuvo observando mientras se alejaba corredor hacia delante. Cuando ya la achaparrada silueta estaba en el rellano de la escalinata, dió media vuelta, y sus manos se hincaron en los frágiles hombros de Rosa Hoyos.

—Rebelde eres, española... Poco debes apreciar la vida de tu hija, cuando la expusiste sin el menor remilgo. Aguarda a que estés en mi camarote y sabrás que Legay quiebra los genios más vehementes... ¡Maldito sea mil veces ese apestoso mozo de cuadras!

Y con la imprecación murmurada entre dientes, volvióse Legay con ostensible impaciencia hacia el que aproximábase a largas zancadas en carrera rápida.

—Me es precisa vuestra presencia, señora. Al ir a salir, he oído llantos y gritos procedentes de una habitación cuya puerta cerrada no quiero abrir sin la autorización de quien, como vos, es la propietaria. Me parecieron lloriqueos de niña...

Rosa Hoyos, tambaleándose, tuvo que aceptar el apoyo del brazo que le tendía Lenoble, quien avanzó por el corredor, fingiendo ignorar la mirada colérica del corsario.

Precipitóse Rosa a la puerta, que abierta, mostró a Gabrielle Lucientes, arrodillada, y crispados los puños que hasta entonces martilleaban la madera.

Lloraba a grito pelado, y fué calmándose su llanto cuando en estrecho abrazo la alzó Rosa Hoyos.

Antoine Legay cogió por el brazo a Têtu Lenoble.

—Venid conmigo al jardin, comandante. Quiero hablaros a solas.

Rosa Hoyos reunió sus últimas fuerzas para marcharse

corriendo, llevando abrazada estrechamente a la que desgañitábase gritando en español:

—¡Malo! ¡Mi padre te matará! ¡Porque eres Satanás con cabellos blancos! ¡Mi padre...!

Extinguiéronse los gritos infantiles, porque Rosa Hoyos, entrando en una alcoba, cerraba tras sí la puerta, acerrojándola y colocando tras ella muebles que iba arrastrando histéricamente.

Gaby, que había sido dejada en el lecho, sintió renovarse su temor al ver los gestos con los que Rosa acumulaba cuantos objetos pesados hallaba, empujándolos contra la puerta, en sobrehumanos esfuerzos nerviosos, de impulso enloquecido.

Acercóse ella tambaleante y cayó en el lecho, donde antes de perder el sentido, quedó abrazada a la criatura.

En el jardín, el nantés miró fugazmente a los quince jinetes inmóviles, cuyas lanzas destellaban ahora iluminadas. Soltó el brazo del comandante Lenobie.

—Cuanto ahí dentro ocurre-y el corsario, con la enjoyada diestra, señaló por encima de sus espaldas hacia atrás-es de mi única y exclusiva incumbencia. En mis aventurillas galantes no admito intromisiones ni doy explicaciones. Sólo el Rey está facultado para exigirme responsabilidades, si las hubiera. Por lo tanto, comandante, montad a caballo y partid. Nada tenéis que hacer aquí. No hay piratas... Hay simplemente un corsario del Rey y una mujer que tiene el honor de merecer mi atención.

Têtu Lenobie asintió, pero guardó silencio. En realidad, los “chevaux-légers” habíanse movilizado tan sólo para dar caza a presuntos piratas inexistentes...

Montó de un salto, y alzó la diestra.

—¡Media vuelta! ¡A Corbigny!

Cuando cesaron al alejarse los rumores de los cascos martilleando la tierra, Antoine Legay atravesó la escalinata y entró en el vestíbulo. Había visto desaparecer a la española por una puerta, ante la que ahora apoyó el hombro.

—¡Abrid! ¡Abrid! De lo contrario os pesará...

Gabrielle Lucientes intentó con sus sacudidas despertar a la que creía dormida.

No se dió cuenta que en la ventana que daba a la circundante terraza, un rostro moreno aplicábase contra el cristal.

Pero el tenue repiqueteo de los dedos atezados, llamaron su atención y lanzando un grito de alegre estridencia, saltó del lecho corriendo hacia la ventana que abrió.

Carlos Lezama aplicó su mano encima de la boca infantil, y aupándola en brazos, la llevó hasta el lecho, donde la tendió.

Colocóse el índice en los labios recomendando silencio, mientras pulsaba la muñeca de la desvanecida.

—¡Voto al infierno! —resonó amortiguada, la voz aguda de Legay a través do la puerta—. ¡Echaré abajo la puerta,! ¡Abre, maldita española!

La puerta vibraba en sacudidas producidas por el hombro del corsario.

El Pirata Negro fué hacia el hacinamiento de mobiliario, que empezó a apartar...

Gabrielle susurraba a oídos de la desvanecida, incansablemente:

—El señor Lezama... El señor Lezama...

El Pirata Negro detúvose en su operación. Regresó junto al lecho, mientras la puerta empezaba a producir crujidos siniestros...

Cogió en brazos a Rosa Hoyos, y la llevó a una habitación comunicante, con otra alcoba: la de Gabrielle, que, asida a la zurda de Lezama, sonreía con toda la amplitud de su boca, murmurndo:

—¡Mátalo, señor Lezama, que es muy malo...!

Dejó el Pirata Negro a la inconsciente palmeña tendida en una confortable mecedora repleta de almohadones, en la que solía ella velar el inicio del sueño de la hija de Lucientes, y aplicándose de nuevo el índice a los labios abandonó la alcoba, cuya puerta cerró.

Saltó hacia la puerta, apartando impetuosamente cuantos objetos había.

—¡Por última vez! ¡Abre, maldita española!

Los empujones que propinaba Legay, enardecido en furia demoníaca, no por eso le privaban de vigilar atentamente la entrada, por si en ella veía aparecer al pirata.

Retrocedió un poco tomando impulso. Y acometió tan reciamente la puerta, que al abrirse ésta inesperadamente, el corsario, falto de apoyo en su hombro, atravesó varios metros laterálmente impulsado...

Afanosamente miró hacia el lecho. Vió la ventana abierta, y desierta la habitación. Dirigíase furioso hacia la ventana, creyendo

que por ella habían huido las dos prisioneras, cuando quedóse extático, como petrificado, al oír cerrarse la puerta, y estallar una breve carcajada sarcástica.

Pero su inmovilidad duró apenas un segundo. Había sido como un rayo zizagueando de repente que en impresión de ofuscamiento le había paralizado.

Volvióse felinamente encorvado y en salto lateral, vomitando fuego la zurda que acababa de desenfundar su pistola.

El estampido pobló el ámbito de la habitación, pero el plomo fué a clavarse unos pasos al costado del que disparando simultáneamente al gesto del corsario, demostró la eficacia de su tiro.



...desenvainó velozmente el machete...

Su pistoletazo quemó los dedos que Legay sostenía apretados contra la culata, quebró uno de ellos, rasgando las carnes del otro, y chocando contra la nacarada empuñadura, desvió bruscamente la puntería del que, dejándose caer de rodillas, insensible al dolor, y cegado por la furia serena del avezado a todas las luchas, desenvainó velozmente el machete que había pedido a Tallejac, y lo lanzó contra el que, adosado contra la puerta, le contemplaba riendo mefistofélicamente.

El machete vibró dos centímetros al lado de la yugular del Pirata Negro, cuyo paso de costado, tuvo también la misma calculadora

serenidad del que, por muchas veces, se había jugado la vida a un movimiento equilibrado y efectuado en el momento preciso.

—Te quedan los dientes y las uñas, Legay. Porque la espada es arma de hombres.

El corsario se puso lentamente en pie. Llevóse a los labios la zurda ensangrentada. Su arcilloso cutis hacía destacar más aun, la rojez del rubí, 1a blancura de sus cabellos, y el multicolor destello de las joyas que rodeaban sus falanges.

—No me preguntes por dónde he entrado, Legay, Los corsarios tienen puertas abiertas, y los piratas emplean las ventanas. Tate... ¡Idiota!...

Y a la par que hablaba, la zurda del Pirata Negro se apoyó en el mango del machete que estaba junto a su rostro. Inmovilizóse Legay que, insensiblemente, iniciaba una lentísima retirada.

—No te alejes de mí, mi lindo corsario. Sería pobre muerte la de Antoine Legay, roto el corazón por su propio machete. Eso es... Avanza, y desenvaina cuando quieras. No tengas miedo, mi lindo corsario. Yo no soy una niña asustadiza ni una pobrecita mujer debilitada.

Con un grito de coraje, agudo y estremecedor, Antoine Legay lanzóse hacia delante desenvainando a la vez. Su acometida fué tan rápida, que la primera estocada que lanzó, tuvo que detenerla el Pirata Negro con la hoja a medio desenvainar.

Adosado a la puerta, Carlos Lezama, por espacio de varios minutos, recurrió a su gran maestría en la esgrima, para contrarrestar el aluvión de estocadas, fintas y punterazos, que prodigó el corsario.

Indudablemente, Antoine Legay había recibido primero lecciones de expertos espadachines, y más tarde, práctica en continuos combates, para consolidar la reputación de invencible que le achacaban.

Alternaba pérfidamente las técnicas francesa e italiana, pasando de una a otra, con diestros cambios, en que a los giros de muñeca y al envaramiento de su envergadura, sucedía el bailoteo y los saltos laterales de flanco, en intentos de forzar la cerrada guardia adversaria.

—Buena espada-masculló incisivamente Lezama, mientras los aceros latigueaban, entrechocaban, separábanse y volvían a trabarse

violentamente unas veces, suavemente otras —. Demasiado buena para quien, como tú, es un rufián indigno de la fama de valentía. Que cobarde es quien ataca a mujeres, sirviéndose de ellas para resguardarse… ¡Atención, nantés! No te creas ya dominador… Recuerda que está tarde tendiste cerco de mosquetones y de nada te sirvió… Tampoco te sirvió tu perro Tallejac… No confíes, pues, demasiado en tu espada…

Legay, en silencio, iba continuando en su pertinaz asedio. Dábase perfecta cuenta de que no podía confiar, pero hasta ahora, aún comprendiendo que su adversario era un excelente esgrimista, él era quien imponía la lucha, no permitiendo paso al acero contrincante, que demostraba su gran clase parando cuantas estocadas y golpes le eran asestados.

Y de pronto, al alzar la espada enemiga, las dos hojas quedaron en alto y cercanos los rostros encima de la cruz de las dos empuñaduras. El rodillazo de Legay no llegó a su meta…

El puño izquierdo de Lezarna chocó estrepitosamente contra los cabellos blancos, en doble golpe repetido tan brutalmente, que ya al primero, la diestra del nantés se abrió soltando la espada.

Al segundo que cayó más reciamente al flexionar los muslos el corsario, Antoine Legay se desplomó como un fardo.

Recuperó los sentidos ante un agudo dolor en la mejilla… La diestra del Pirata Negro le mantenía inmóvil contra el sillón en que se hallaba sentado…

La ancha punta del machete cortaba en cruz su mejilla…

Y, prestamente, dió vuelta el Pirata Negro, permaneciendo tras él, asiéndole por el cuello, mientras el machete caía ensangrentado al suelo…

—¿Conoces la marca, Legay? La cruz de cobardía que corta la mejilla de los vencidos en el Caribe. Ha sido en este castillo… No te he dado muerte ni he querido darte de nuevo la espada, porque tú y yo nos veremos en el Caribe, Legay. Los “chevaux-légers” están en Corbigny… Sabrán que hay un pirata rondando. Permanecerán aquí, mientras yo aquí esté moviéndome en las sombras… No me moveré hasta que tú no te vayas, Legay. Y si tú me diste un emplazamiento, yo te doy otro. En la arena de cualquier playa antillana, o en la madera de cualquier barco, nuestras dos espadas volverán a conocerse, Legay… Lleva mientras mi marca, y que tu soberbia

pierda arrogancia.

Gotas de sangre iban resbalando lentamente por la barbilla del nantés, que cerrados los ojos, parecía rezar.

Pero eran blasfemias silenciosas y horribles las que musitaba. Muchos hombres habían excitado el odio de Legay. Habían muerto en medio de tormentos inimaginables.

Ninguno había levantado en Legay tal tempestad de salvajismo reconcentrado, como el que ahora le mantenía inmóvil contra el respaldo del sillón, asiéndole fuertemente por el cuello…

De pronto, quedó libre… Oíanse aproximarse los furiosos redobles de cascos lanzados a todo galope.

Pero dejó de oírlos, porque contra su sién un puño martilleó, y de nuevo exánime, brotándole por las comisuras de los labios un hilillo de sangre, Antoine Legay quedó desmadejado, tendidas las piernas y doblada la cabeza sobre el pecho.

CAPITULO VI

Têtu Le noble sigue recibiendo sorpresas

El galope con el que Lenoble, al frente de sus soldados, partió de Civry, fué un desahogo indirecto contra el endiosado corsario, a quien hubiese deseado replicar de otra forma si hubiera hallado motivo en que basarse.

Interponerse en sus licenciosas aventuras, sólo le acarrearía perjuicios, que ya en otras ocasiones habían sobrellevado los que, caballerescamente, habían cometido la torpeza de llamar la atención de Legay, sorprendido en parecidas acciones.

Detuvo su caballo en el sendero por el que tras él, de dos en dos, avanzaban los demás “chevaux-légers”, cuando el sargento Farcy, agitando una linterna, se hizo visible, junto al tronco en que un fornido coloso, aparecía amarrado.

Tellejac-Lope Holgado, habíase recuperado del culatazo que melló lateralmente su frente, quebrándole la ceja, con lo que su rostro sombrío quedó inundado de sangre.

Pero continuaba inerte,.fingiendo desmayo, desde que un grupo de jinetes habíase detenido ante él.

—Por si el pirata y sus hombres rondaban, mi comandante, ordené a Lastirac, Maillard y Chanel, que hicieran descubierta por los alrededores del castillo-fué recitando el sargento —. Han vuelto informándome de hechos muy sorprendentes. Por otra parte, mi comandante, este corsario que...

—Que uno de vosotros atienda a este corsario —interrumpió el comandante—. Los demás, seguidme... No quiero informes, sino hechos...

—Vos queríais presos, mi comandante...Y lo están todos los que...

—¡Avante!

Impetuosamente, abalanzó su caballo Lenoble, y Farcy siguió siendo sargento gracias a su prudente salto, que le evitó ser arrollado por los trancos del corcel montado por el que ahora, a todo galope, irrumpía en el jardín del castillo de Corbigny.

—¡A tierra!

Unos diez minutos después, Têtu Lenoble estaba al límite de su paciencia.

Las aturdidas incoherencias de los lacayos liberados; las zumbonas explicaciones del pelirrojo que fué desatado del interior de la silla de manos; las sensatas frases del viejo preceptor; el silencio del corsario que en brazos se llevó a su compañero al abrevadero para reanimarlo una vez quitadas sus ligaduras; las impacientes preguntas de la marquesa de Corbigny... todo condujo a Lenoble un estado lindante con el paroxismo.

—¡Silencio todos! —gritó enfurerecido—. Perdonad, señora marquesa, pero yo soy hombre de armas y no juez de leyes. Mi misión al venir, era dar caza a un pirata. ¿Me afirmáis que es cierto que penetró en el castillo jactándose de ser él quien redujo a los lacayos, al caballero de la silla de manos y a los tres corsarios?

—El corsario Legay os lo ratificará, comandante-dijo ella, tranquilizada.

—Un pirata solo no puede haber realizado todo cuanto se le achaca, señora marquesa. Tolerad que coloque guardia alrededor de vuestro castillo. No me cabe la menor duda que el pirata vino acompañado de los componentes de su tripulación. ¡Farcy! ¡Tú t tres escuadras de rondín, aquí!

En el amplio vestíbulo, los lacayos alineábanse al fondo. En el centro, Mireille de Ferjus y Etienne Laurent, conversaban con el militar, y cercano a la puerta, Diego Lucientes esperaba que de un instante a otro algún lacayo le acusara de autor de las melladuras que sus cráneos ostentaban...

Pero todos limitáronse a decir que no sabían quien les agredió, porque el ataque partió de la obscuridad...

Fué Mireille de Ferjus, quien señalo al pelirrojo a la atención del militar:

—El pirata vino acompañando a este caballero, que si vos habéis hallado preso, demuestra que el bandido llegó hasta aquí abusando

de la confianza del señor, que le suponía seguramente un forastero en viaje...

—Eso es. Y por el aquel de que era compatriota, le juzgué un perfecto caballero-explicó Lucientes, con serio semblante reprobativo.

No bacía más que obedecer las instrucciones recibidas. La ley francesa era severa para quien daba acogida a un perseguido, y Diego Lucientes pensaba en su esposa y su hija.

—Como tengo entendido que también ronda el castillo de Civry, hacía él me dirijo-manifestó Lenoble.

Se encaminaba hacia 1a puerta, cuando Mireille de Ferjus le llamó, y Diego Lucientes aprovechó el momento para abandonar el vestíbulo.

Pensaba dirigirse hacia Civry, pero dos lanceros, a la salida de la escalinata, interpusieron ante él sus varas rematadas en hierro.

—Sin orden del comandante, nadie sale, caballero-dijo tiesamente uno de los jinetes apeados.

A espaldas de Lucientes resonó la bronca voz de Lenoble:

—¿Para qué queréis ir a Civry?

—¡Repámpanos! —exclamó Lucientes—. ¿No os dije antes que yo era el marido de la castellana de Civry? Tendréis que prestarme caballo que ansiando estoy llegar junto a mi esposa.

—Presta al caballero tu montura. Farcy. Id, señor. Dentro de unos instantes me reuniré con vos.

Picó espuelas Lucientes, y poco después Lenoble mascullaba a su sargento:

—Él es el marido, no yo. A él le corresponde entendérselas con Legay, que yo tengo que entendérmelas con el pirata y los suyos. Ojo vigilante, Farcy, que vosotros no sois lacayos ni corsarios. ¡Sois los “chevaux-Jégers”! Monta guardia impenetrable... La marquesa de Corbigny nos solicita para defender su morada.

Demoró bastante su salida el comandante Lenoble, porque dividió a sus quince jinetes en tres escuadras que, abiertas, formaron ancha hilera, que dificultosamente avanzaba a través del bosque.

En medio del sendero y al paso, avanzaba Lenoble, quien se detuvo ante Tallejac y los dos corsarios.

Uno de ellos, con el cuello vendado profusamente por lienzos

empapados en sangre y agua, sosteníase dificultosamente abrazado a los hombros de su compañero con el brazo izquierdo.

Lope Holgado, con un jirón de camisa envolviéndole prietamente la frente, con abultada compresa en la ceja derecha, irguióse en la obscuridad, al ser interpelado por el jinete.

—¿Visteis alguno de vosotros por dónde partían el pirata y los suyos?

—No, mi comandante.

—¡Vientres de yegua! —vociferó Lenoble—. ¿También a vosotros os dió coz sin que la vierais? Las tinieblas favorecen a los piratas, pero huirán con el amanecer cuando sepan que mis "chevaux-légers" han tomado a su cargo la vigilancia de estos bosques.

Tallejac emprendió el camino hacia el jardín de Corbigny, seguido por Maur y Gabin, mientras Lenoble y sus jinetes seguían progresiva y lentamente el avance cauteloso hacia Civry.

De vez en cuando, a los dos extremos de la ancha hilera, una voz daba la contraseña "¡Corbigny-Civry!", denotando, con ello, que no había sucedido ninguna anomalía.

La noche y sus tinieblas favorecían a los piratas... Ese era el pensamiento de los "chevaux-légers" que enfundada la lanza, llevaban ahora el mosquetón preparado terciado encima de la silla, y el sable a medio desenvainar, apoyando su guarda en la rodilla.

Tan sólo emprendieron un galope raudo cuando Lenoble, empinado sobre los estribos y divisando ya las luces de entrada al castillo de Civry, dió la orden de abandonar la lenta marcha.

CAPÍTULO VII

Soberbia contra soberbia

Apenas hubo asestado su puñetazo, el Pirata Negro fué a abrir la puerta de la alcoba. Si era el comandante quien regresaba con sus hombres, acecharía como antes hizo desde la parte posterior de la terraza circundante.

Pero no cejaría hasta que Legay partiese de Civry, en considerar que le incumbía la defensa de Rosa Hoyos y la niña.

Diego Lucientes, pistola en mano, avanzaba por el corredor, ceñudo el semblante que se distendió al ver a su amigo.

—¿El corsario, señor? —fué su saludo.

—Reposa. Está cansado de su actividad. ¿Los "chevaux-légers"?

—Vendrán dentro de un instante, señor. El comandante, que huele a pocilgas, ha determinado tomar bajo su custodia este castillo y el de Corbigny mientras ronden legiones de piratas-y rió el madrileño al añadir:

Suponen que estás acompañado de ejércitos de barbudos antillanos.

—Mejor que así lo crean. Tampoco yo he de abandonar estos contornos mientras en ellos esté ese mozo.

Miró Lucientes al interior de la alcoba...

—Bien servido va. ¿Muerto?

No. Todavía, no. Esa es ejecución que me reservo para más tarde.

—¿Ellas?

—Vas a llevártelas lejos de aquí, estudiante.

—No. Me basto yo para defenderlas, ahora que decidido estoy a no separarme de esos salones.

—De tu hombría no dudo, Diego Lucientees. Pero se trata de

algo superior a tu bravura o a la mía. Se trata de dos mujeres y no puedes arriesgar sus vidas. Compréndelo. El corsario es omnipotente en Francia. Vete a Angulema y permanece allí con ellas hasta que Legay se marche.

—¿Y tú, señor?

—Es ya soberbia contra soberbia. El a campo abierto-y su diestra señaló a Legay-y yo a favor de las tinieblas. Cuando Legay se marche llamado por el Rey o pisoteado por mí, entonces aquí te aguardaré para despedirme. No me rechistes, Diego Lucientes. És por ellas... Llévatelas. Los “chevaux-légers” interpretarán tu huida como lo más razonable en quien posee hermosa esposa y niña de quién velar... en sitios donde rondan corsarios y piratas.

Diego Lucientes asintió en grave ademán.

—Por ellas consiento, señor. Buena suerte.

Empujó la puerta que le señaló él Pirata Negro, y poco después, llevando abrazada a Rosa Hoyos, y de 1a mano a su hija, abandonaba la alcoba.

Carlos Lezama sentóse en un sillón que atrajo hasta colocarlo frente al ocupado por el corsario.

De vez en cuando con la espada desenvainada, le daba un leve pinchazo en la mano inerte y colgando. Pero Legay no recuperaba los sentidos.

La contundencia de los golpes recibidos había sido poderosa... Seguía inconsciente, cuando en el jardín de Civry oyéronse las voces de mando de Têtu Lenoble.

Envainó el Pirata Negro y cargándose a hombros al corsario, atravesó la ventana y la terraza. Montó a caballo de un salto desde la balaustrada.

Encima de sus hombros bamboleóse la masa inerte de Antoine Legay, que colgantes brazos y piernas, siguió zarandeándose al compás del silencioso paso con el que el Pirata Negro alejóse por el bosque a espaldas del castillo.

Esa fué la razón por la que, tras una detenida inspección, Têtu Lenoble y tres de sus jinetes, hallaron desierto el castillo.

Tan sólo en la alcoba de muebles desordenados, en cuya puerta un machete aparecía clavado, y donde un Sillón mostraba sanguinolentas huellas, halló Lenoble una explicación razonable:

—¡Los piratas han raptado a Legay y a los propietarios!

Redoblad la vigilancia, muchachos. Volverán... Queda aquí el botín. Pero sabrán quién son los “chevaux-légers”, esa turba de ladrones del mar.

* * *

Alejado por igual de Corbigny y Civry y a retaguardia de ambos castillos, un espacioso claro en los bosques dejaba penetrar los tímidos reflejos lunares.

El Pirata Negro dedicábase a una operación meticulosa. Había desganado todos los encajes que adornaban coleto y mangas del corsario, tendido en el césped.

La plata en sólidos herretes formaron larga traba que reunió a sus espaldas las manos del corsario, desprovistas de sus joyas.

La faja azul que bajo la casaca llevaba el corsario, quedó enrollando sus tobillos.

Desgarró también el Pirata Negro la fina batista que tejía la lujosa camisa, e improvisó una mordaza, y un largo cordón.

En éste fué introduciendo los anillos y cuando formaron un collar los anudó alrededor del cuello del corsario.

Y entonces, sin el menor reparo, hincó la punta de su daga en el lóbulo de la oreja que engarzaba el enorme rubí. Con, la misma punta abrió los dientes y alzando la cabeza inerte, colocó en la boca el rubí recién extraído.

Anudó la mordaza, cubriendo con ella casi por entero el rostro, y entonces sobre la misma batista, escribió a punta de daga, mojándola de vez en cuando en la desgarrada oreja:

“AL QUE ATORMENTA MUJERES LE DOY SUPLICIO. YO, EL PIRATA NEGRO, QUE NUNCA TORTURO A UN HOMBRE”.

Limpió la daga enfundándola, y poco después, quizá al influjo constante de lá brisa nocturna, los grises ojos miraron primero vagamente, y después con fijeza dilatada, al que, siluetado por plateados resplandores lunares, estaba sentado y contra cuyas piernas en cruz y dobladas, sosteníanse las espaldas de Legay.

Del rostro del corsario sólo eran visibles los ojos, la frente y los cabellos. El resto hasta el cuello, lo cubría la batista de la camisa, que amordazando era también cartelón infamante...

—Soberbia contra soberbia, nantés. Mientras persistas en permanecer por aquí, aquí estaré. Tan sólo te daré muerte, cuando

por el Caribe te halle. ¿Te sientes ansioso de sangre porque masticas la tuya con el rubí? Así te quiero, nantés. Como un perro rabioso, sin poder aullar... Muchos hombres torturaste tú, antes de mandarlos al sepulcro. También hubo maridos que lloraron estérilmente porque no podían vengar sus afrentas. Todos ellos me tienen sin cuidado. Pero naciste de madre, nantés.

Hablaba el Pirata Negro lenta e inexorablemente. Adusto el rostro, y metálicamente susurrante la voz.

—Forzarlas y mancillarlas es crimen que nunca perdoné, nantés. Sobran las que voluntariamente se te rendían, y si por aberración buscaste las que te resistían, me enorgullezco ahora de la acción que nunca, hasta el momento, cometí, pinchando en carne indefensa. Sólo la luna nos oye, nantés. Puedo por eso confesarte, que porque a todas quiero a todas detesto. No soy, pues, paladín de doncellas, sino hombre que aborrece al que con fama de serlo como tú, se deleita en perversidades impropias del que pretende ser el valentón del Caribe. Quiero que cuando el bruñido de tus cañones te devuelva tu mejilla con chirlo que no es de batalla, lo cual honra, sino de misericordia, lo cual humilla, rechines los dientes y murmures mi nombre, que te envenenará.

Acarició el Piráta Negro los blancos cabellos.

—Eres joven, nantés, para ser tan perverso. Casi te diría que cuantos hasta hoy maté, tenían perversidad más hombruna, menos afeminada...

Antoine Legay ladeóse y mantúvose sentado, porque no podía ponerse en pie, por la solidez de sus ligaduras.

Apartaba sus espaldas como sí el contacto de las piernas del Pirata Negro le quemasen.

La risa sin alegría, henchida de sarcasmo, resonó lúgubremente en la noche, mezclándose con los susurros del bosque.

—Me causas gracia, nantés. Eres valiente a tu modo, como una hiena que por instantes se siente león, Recuerda... —y el Pirata Negro fué silabeando las palabras-cuando te vayas a los mares antillanos, piensa que más pronto o más tarde, vendré a ponerme frente a ti. Ahora, te dejaré en Corbigny, ya que allí fué donde me citaste.

Púsose en pie, y asiendo por la cintura al corsario, lo cargó extrañamente encima de su hombro derecho. Pasaba el brazo hacia

atrás manteniendo reunidos los tobillos y el pescuezo de Antoine Legay.

Montó a caballo, y por entre la vegetación, avanzó con su fardo humano. Sólo lo puso al galope al cruzar el, sendero ante la verja, del castillo de Corbigny...

Partieron varios disparos de mosquetón pero de nuevo se había internado en la espesura el que brutalmente había arrojado en el dintel, sin aminorar la marcha, al que ahora, después de varias vueltas en el suelo, quedó tendido boca arriba, semicubierto el rostro con el lienzo escrito con letras de sangre.

CAPÍTULO VIII

Un naciente idilio que se derrumba

Varios de los “chevaux-légers” partieron a la infructuosa persecución del que ya les llevaba mucha ventaja.

Tallejac, Maur y Gabin fueron los que primero llegaron junto al cuerpo que debido a los brutales choques contra el suelo, removíase en semiinconsciencia.

Tallejac se agachó y levantando entre sus brazos a su jefe, dirigióse con él en vilo, hacia la escalinata.

Entró en el vestíbulo, y fué acogido por el alarmado grito de Mireille de Ferjus. Impasible, y más sombrío qué nunca el semblante, depositó encima de un diván a Legay.

Intimamente, el capitán Lope Holgado, rebosaba de gozo. Pero exteriormente, fué un brusco lugarteniente el que ordenó:

—¡Hilas, vinagre!

Desanudó lentamente la mordaza, que extendió en el diván a pocos centímetros de los rizos blancos. Desanudó también la faja que aprisionaba los tobillos y los trenzados de plata que sujetaban las muñecas.

Antoine Legay incorporóse lentamente, escupiendo algo, que rebotó contra el suelo. El rubí fué a rodar, deteniéndose ante los pies de Mireille de Ferjus.

Apartó de un manotazo el rostro de Tallejac inclinado palpando su mejilla...

Cubierto el tafetán azul de polvo, rasgarradas las ropas, sangrientas boca, mejilla y oreja, el aspecto de Legay era escalofriante.

Entrecerró los párpados, y silbante chilló:

—¡Fuera todos!

—Atended, Legay... —empezó a decir Mireille de Ferjus.

—¡Fuera todos!

Tallejac, abrió los brazos en amplio ademán, empujando con ellos al anciano preceptor y a la mujer que intentó resistir.

—Obedeced, señora-apremió Tallejac.

Maur y Gabin estaban ya fuera del aposento. Tallejac volvía las espaldas empujando a Mireille, cuando ya en pie, Antoine Legay, corrió hacia la puerta que cerró, chocándolas contra las espaldas de su lugarteniente.

Como atacado de frenesí, Legay corrió ahora a la ventana, cuyas maderas unió, empujando el pestillo y juntando las cortinas, una de las cuales, al feroz impulso, desgarróse en parte colgante de sus anillos.

Los candelabros diseminados cayeron al suelo, pisoteados los pábilos de las velas, a taconazos...

Antoine Legay necesitaba obscuridad, porque quería llorar. Las lágrimas quemaban sus mejillas, y el salado humor escocía en las recientes heridas.

Los puños del corsario frotaban y frotaban su rostro, como si quisiera borrar de él, la huella de la marca que tenía el peor de los significados entre los que frecuentaban los mares antillanos.

Sólo ostentaba aquella marca el que por ser considerado un cobarde, no moría a manos de su adversario, que limitábase a trazar dos aspas en la mejilla bajo el pómulo izquierdo.

Andaba de un lado a otro de la habitación, tropezando y derribando muebles, mientras roncos sollozos rasgaban su garganta. Uno de sus dedos magullado y el otro destrozado por el balazo no le importaban. Los mordía de vez en cuando con salvaje rencor.

Su pecho jadeaba, y por espacio de minutos que le parecieron siglos, recorrió todo el aposento en cuyas paredes asestaba puntapiés, mientras en sus vueltas de fiera enjaulada, destrozaba el resto del mobiliario.

Por fin, fué aquietándose, y entonces cesó el ruido de las maderas rompiéndose y los jarros y estatuillas desmenuzándose en añicos. Reinó un silencio total.

De pronto restalló aguda y chirriante una prolongada carcajada, que más parecía la risa de una hiena martirizada. Legay reía inconteniblemente, con histeria indomable, que agolpaba lágrimas

que no eran de llanto, en sus ojos grises.

No había en él, dolor físico. Tan sólo un salvaje tormento moral. Y monologó cuando sus risas se apagaron, dejándole exhausto. Hablaba sordamente, enronquecida la voz:

—Te marcaron, nantés, en Francia. Te marcáron, nantés, en Francia.

Repitió esta frase con monótona cadencia, como si con ello se adormilara su ulcerado espíritu. Por fin enmudeció, y su diestra aplicóse en la mejilla cortada.

Púsose en pie, abandonando el volcado diván donde habíase sentado a obscuras, y apartando a puntapiés los obstáculos que se interponían en su camino, llegó hasta la cerrada puerta, que abrió de par en par, con violento gesto.

Mireille de Ferjus, con la inquietud plasmada en el semblante, miró al que, de espaldas a la obscuridad reinante en el salón, dijo tan sólo, con seca tonalidad imperativa:

—¡Luces, Tallejac!

El lugarteniente dirigióse a la repisa de la chimenea y cogió dos candelabros que mantuvo en alto, encaminándose hacia donde Legay interceptaba el paso, parado en el umbral del salón, que estaba a obscuras.

No había expresión humana ni demostración de ningún sentimiento en el demacrado rostro ensangrentado.

Los grises ojos no miraban a nadie en particular.

Mireille se adelantó, anticipándose al español.

—Os ruego, Legay, que penséis que os puedo servir de bálsamo, ya que una mujer es la que en instantes como estos...

—¡Callad! —atajó el nantés—. Vos sois una ignorante mozuela. ¡Entra, Tallejac!

El lugarteniente avanzó sosteniendo en alto los dos candelabros. Iba Mireille a hablar, pero fué empujada brutalmente, la puerta cerróse ante ella.

—Cálmate, Mireille-susurró Etienne Laurent, atrayéndola y enlazándola por el talle —. Retírate a tus habitaciones.; mañana, Legay ya estará calmado.

—¡Es un odioso sujeto que se cree estar en su propio barco! Está en mi casa, y puedo... —empezó ella a indignarse.

—Nada puedes, Mireille —dijo el anciano, llevándola hacia las

escaleras que conducían al piso alto.

—¿No es ésta mi casa?

—Legay pretextará que está en acto de servicio, puesto que quien le maltrató es un pirata. No te ofusques si fué duro contigo... Acababa de sufrir una herida en su enorme amor propio.

Los corsarios Maur y Gabin, permanecieron al exterior de la puerta cerrada, colocándose a ambos lados de ella. Habían temido la primera reacción de su jefe al verles, pero ahora, considerábanse ya fuera de peligro. Tan sólo, a bordo, recibirían los latigazos anunciados.

Én el interior del salón, donde parecía que un vendabal había arremolinado los objetos, destrozándolos, la luz de las diez grandes velas, colocadas encima de un vetusto arcón y en un soporte colgante de la pared opuesta, iluminaron al que sentóse en el diván que Tallejac acababa de poner en posición normal.

Por dos veces, dióse Legay con el indice en la mejilla cortada.

—¿Ves esto, Tallejac?

—Sí, capitán.

—¿Qué significado tiene?

—Ninguno para la gente de tierra, capitán.

—¿Para ti?

—Marca infamante de quien no mató, capitán, sino que simplemente se contentó con emplear la punta de un cuchillo.

—Tienes razón. ¿Viste cómo me arrojó desde su caballo?

—Sí, capitán.

—¿Quién más lo vió?

—Maur y Gabin. Los “chevaux-légers” no tuvieron tiempo, capitán. Los más cercanos dispararon contra el jinete, pero en balde.

—Ella y el viejo me vieron atado —y el corsario volvió a señalar la cruz de su mejilla— .



¿Ves esto, Tallejac?

Pero lo confundieron con herida de lucha. Sin embargo, saben que el pirata me venció.

Con un ademán, señaló el hombro de Tallejac, donde el tahalí colgante contenía un machete.

—Me llevé el tuyo, Tallejac. ¿Cómo tienes éste?

—Maur lo lanzó contra el pirata, pero quedó clavado en un arbusto. Lo recogí, capitán.

—Dámelo.

Lope Holgado desenvainó el ancho cuchillo tendiéndolo por la hoja al corsario, que en pie, lo sopesó por unos instantes con el mango en la palma de su diestra. Miró fijamente a su segundo, y poco a poco hizo girar la mano hasta que cogió la hoja por la punta...

—Tu frente vendada me demuestra que también el pirata te perdonó la vida, Tallejac. ¿Te das cuenta que perdonar vidas es despreciar? ¡Contesta!

—Así debe ser, capitán.

—¿Te perdono la tuya, mi bueno y querido Tallejac?

El final del mango del machete, que por su punta sostenía el jefa corsario, apuntaba al pecho del español, que distaba dos pasos del nantés.

Permaneció en silencio Lope Holgado. Sus ojos, uno de ellos casi oculto por el abultamiento de la ceja y el vendaje, ostentaban más

estrías sanguinolentas que de costumbre.

Antoine Legay rió silenciosamente, haciendo oscilar el ancho cuchillo.

—Matar no basta, Tellejac. Fuiste torpe, mi buen perro. Así te llama el pirata. ¿No respetó tu camisola de parlamentario?

—Cayó sobre mis hombros desde un árbol, capitán. No tuve más noción que la del choque de una culata contra mi frente. Pude decir tan sólo dos palabras: vuestro nombre, capitán, y Civry.

—Léeme esto, Tallejac-y el nantés, inclinándose, recogió del suelo el lienzo desgarrado de su camisa, donde los trazos rojos fruncíanse en pliegues.

Lope Holgado cogió la tela, y la tensó entre sus manos. Leyó, dispuesto, a saltar de costado. Dirigía sus ojos hacia la tela, manteniéndola en alto, con lo que podía ver la oscilación del machete en la mano del nantés...

—“AL QUE ATORMENTA MUJERES LE DOY SUPLICIO;YO, EL PIRATA NEGRO, QUE NUNCA TORTURÉ A UN HOMBRE”—leyó pausadamente.

—Trae aquí uno de los candelabros, mi bueno y querido Tallejac. Y aquel espejo. Son anchas tus espaldas, perro español...

Lope Holgado encaminóse hacia el espejo señalado por la zurda herida del nantés. Era un azogue con marco dorado de forma oval y se había salvado del destrozo por encontrarse colgado del muro, a bastante altura.

Lope Holgado, subiendo a un escabel, descolgó el voluminoso y pesado espejo, que habría necesitado del esfuerzo de dos hombres para soltarlo de su cadena empotrada.

Lo llevó ante sí. La parte inferior del marco le rozaba los tobillos, y la superior dejaba tan sólo asomar su rostro.

—Colócalo ante mí, Tallejac. Quiero verme despacio. Sujétalo apoyándolo en el pecho.

Lope Holgado depositó el espejó en el suelo, en la posición indicada por Legay. Éste escupió contra el azogue que le reflejaba de cuerpo entero. Volvió bruscamente la espalda, y fué en busca de un candelabro, que al regresar tendió a su lugarteniente, mientras éste lo cogía, le quitó del cinto el pedazo de batista donde el Pirata Negro había escrito.

—Sólo tú y yo hemos leído esto, mi bueno y querido Tallejac-

dijo el corsario, que dejó colgar el lienzo, aplicando su extremo a la llama de una de las velas del candelabro que sostenía Lope Holgado.

—¿Qué crees que quiere significar? ¿Que no me considera un hombre? ¡Contesta!

—Os torturó, capitán.

—Tienes razón. ¿Nunca te has preguntado por qué soporto tus réplicas que mil veces habrían significado sentencia de muerte para otros?

—Posiblemente me lo admitís, capitán, porque no hago más que decir en voz alta lo que pensáis.

—Tienes razón.

Mientras intercambiaban tales frases, el nantés habíase dedicado a una extraña manipulación. En el lienzo que iba ardiendo lentamente, colocaba la hoja del machete, que ahora sostenía por el mango.

El olor de quemado invadía el enrarecido aire de la cerrada habitación. La hoja fué enrojeciendo a medida que las llamas reducían el tamaño del lienzo, al devorarlo.

Lamieron en su final recorrido los dedos del corsario que dejó caer el flamígero residuo, pisoteándolo después...

Y, mirándose al espejo, repentinamente, aplicó la hoja candente contra la mejilla, donde dos trazos en aspa, hinchaban la carne.

Entonces el olor fué acre. El clásico y punzante aroma de carne chamuscada. Los párpados caídos del nantés vibraban, y sus labios lívidos temblaban inconteniblemente ante el dolor...

Pero la hoja de acero seguía aplastada contra la mejilla, y la muñeca no temblaba. Lope Holgado, impasible, seguía sosteniendo contra su pecho el espejo.

Abrió lentamente los ojos Legay, apartando el machete ennegrecido ahora de humo al entibiarse su enrojecimiento. Miróse al espejo, humeante aún la mejilla que era ahora una negra hinchazón cuadrada...

—¿Qué puede significar ahora esto, mi bueno y querido Tallejac?

—Herida de metralla o quemazón de cauterización, capitán.

—¿Conoces a. muchos que en pie hubieran resistido este tatuaje?

—El odio que os inspira el pirata capitán, os da fuerzas sobrehumanas.

—Tú lo has dicho, perro español. Aparta este espejo.

Obedeció Lope Holgado, que volviendo de nuevo las espaldas al jefe corsario, depositó en el suelo el candelabro, antes de levantar el espejo y dirigirse con él hacia el muro, donde lo apoyó.

—Trae, aquella panoplia-y señaló Legay una colocada en un extremo de la habitación y que en forma de escudo, contenía varias espadas y dos pistolas en cruz.

Cogió Legay las dos pistolas, que amartilló. No tenían carga ni cebo.

—Sal, acércate a uno de los soldados y pídele el bolsón de pólvora y plomo, Tallejac. No creo que nadie cometa la imprudencia de pedirme cuentas de cuanto ocurra, pero bueno será que hagas saber que aquí está Antoine Legay y cuanto suceda puertas adentro del castillo, incumbe a su propia responsabilidad. Vete, y vuelve inmediatamente.

Quedóse a, solas Legay, y sólo entonces flaquearon sus piernas. Ya habíase amortiguado el dolor de su cauterización, pero los ojos le ardían de fiebre.

Examinóse los dos dedos magullados, y acercándose al espejo, contemplóse el lóbulo desgarrado.

—Tres mutilaciones que pagarás con creces-bisbiseó casi con matices amables —. Maldecirás el haber nacido... Cuando tu cuerpo quede convertido en pingajo... Días y noches me oirás reír... Aunque años tarde en encontrarte...

Calló al abrirse la puerta, que Tallejac cerró tras sí. Cogió Legay de nuevo las dos pistolas, cargándolas del bolsón que le tendía Lope Holgado.

Y ambas pistolas cargadas quedaron entre la piel y el borde del pantalón del nantés, que sentóse en el diván.

—Llama a Maur y Gabin.

Los dos corsarios entraron cuando Tallejac, abriendo la puerta, les hizo señal de avanzar. Cerrada la puerta, adosóse a ella Lope Holgado.

Maur y Gabin avanzaron hasta cuadrarse ante Legay.

—Fuisteis torpes, mis buenos y queridos compañeros. ¿Te quebró el cuello, Maur? ¿Y a ti, Gabin? En fin, lo esencial es que os

perdonó la vida. ¿Contemplasteis mi mejilla? Seguro estoy de que no diréis a nadie lo que en ella visteis.

El ademán de retroceso con que Maur tendió las dos manos como implorando o rechazando, y el desorbitamiento de las pupilas de Gabin, fueron sus dos últimos gestos, instintivos de vitalidad.

La rapidez con la que Legay desenfundó las dos pistolas, no pudieron percibirla más que cuando ambas bocas vomitaron fuego.

Dos frentes quedaron destrozadas, y agitándose en convulsiones, Maur y Gabin patalearon por unos segundos ante los pies del nantés, quien, riendo silenciosamente, propinó un puntapié a la mano de Maur que engarfiada en último gesto inconsciente, tendíase hacia delante.

El doble pistoletazo resonó estruendosamente, y aun no se había disipado el humo, cuando Antoine Legav habló:

—Supongo que los “chevaux-légers” no vendrán a importunarme.

—Advertí al sargento, capitán, que vos ibais a ajusticiar a dos de vuestros corsarios.

—Que siempre puedas predecir lo que va a suceder, mi bueno y querido Tallejac. Ahora, dime: ¿cuántos “chevaux-legers” necesitas para salir indemne atravesando los bosques?

—Ninguno, capitán. Si antes me tundió el pirata fué porque el galope y mi camisola blanca le permitieron verme. Si envuelvo los cascos en trapos y revisto capa oscura, podré salir de los bosques hacia dondo vos ordenéis.

—Coge el mejor caballo de los establos del castillo. Cuando estés fuera del bosque y en la ruta de Angulema, revienta tu montura, pero llega a Burdeos cuando aun no hayan sonado las dos de la madrugada, ruedes hacerlo.

—Sí, capitán.

—Cuando amanezca, quiero que cien corsarios rodeen los bosques de Civry y Corbigny. Los dividirás en cordón circular que parta de la ruta y la loma del este. Que traigan hachas y sables. Con lentitud deberán cerrar el círculo que irán anillando alrededor de cada castillo. Si estos bosques han favorecido al pirata, el día de mañana le demostrará que su soberbia no prevaleció muchas horas. Advierte a cada uno de los tripulantes que has de traer contigo, que empezarán la labor de escudriñar desde la más ínfima madriguera

hasta la copa del más alto de los árboles, con la obligación de no malherir al pirata. Es superfluo lo que acabo de decirte, ¿verdad, Tallejac? Ofrecerás mil luises al que consiga dar la voz de “¡halalí!”, al divisar la pieza.

Otros mil al que primero lo ate y lo convierta en el fardo que yo fui hasta hace poco. ¡Vete!

Al quedarse solo, Legay recorrió con la mirada el salón, entre cuyos destrozos aparecían ahora dos cadáveres. Sabía que recordaría mucho tiempo el aposento donde había vivido el momento más humillante da su existencia, y donde por unos instantes creyó que su cerebro iba a estallar al impulso de una colera que nunca creyó posible experimentar.

Recogió del suelo el rubí, y el trenzado de encajes de plata en el que los anillos enhebrados habían formado un collar que él se arrancó del cuello cuando como una fiera enjaulada, recorrió varias veces el salón, a obscuras, media hora antes.

Introdujo las gemas en el bolsillo, donde sus dedos tropezaron con la cajita de rapé, cuyo contacto le recordó que aquella misma mañana era un elegante corsario invencible...

Abandonó la habitación, y un lacayo, vendada la frente, fué a inclinarse profundamente ante él.

—La señora marquesa y su preceptor os ruegan tengáis a bien visitarles en el salón alto, señor capitán.

—¿Motivo de su invitación?

—Desean, señor capitán, que los acompañéis en el refrigerio que...

—Vete, imbécil. Dile a tu marquesa, que Legay rechaza una invitación para la que no está en humor. Si desean saber dónde estoy, diles que la sala de los suplicios es el marco más amable que ahora me apetece. Allí dormiré.

Pero Legay no durmió. Por espacio de una hora acarició uno por uno los instrumentos medievales que ocupaban la sombría sala, donde las linternas que fué encendiendo al entrar, contribuían con su oscilante reflejo de mecha impregnada en rancio aceite, a aumentar el aspecto, tétrico de los potros, caballetes, ruedas dentadas, tenazas y hornillos.

Había ingeniosos aparatos: botas con torniquete, picotas con tres orificios para el cuello y las muñecas, y todo cuanto había

inventado la mente cruel de los verdugos del siglo XIII.

Varias fueron las veces en que Legay vió claramente la figura de un hombre de rostro sarcástico, ocupando distintas posiciones gemebundas en los maderos erizados de púas, o en el torno distensor, que rompía los tendones. También creyó ver los rojos carbones que, en los hornillos, iban caldeando los hierros que él mismo iba aplicando en un semblante atezado.

Cerró los párpados, oyendo gritos suplicantes, y la sonrisa distendía sus labios delgados.

No supo el tiempo que transcurrió hasta que supuso que un roedor mordía la madera de la puerta. Acercóse a ella, comprobando que lo que imaginó rumor de dientes ratoniles, era producto del roce de una mano que llamaba quedamente.

Asió una pesada barra de hierro, y abrió de golpe la puerta. Pero la silueta que entró precipitadamente era femenina...

Mireolle de Ferjus, cubierta por larga bata mullida de rosáceas sedas, libres los largos cabellos, mostró sus pupilas verdeazules y las profundas ojeras que había causado una noche de insonmio y de llanto.

—No podía dormir, Legay. Me inquietaba vuestra cólera...

Su melodiosa voz tenía trémolos suplicantes.

Legay la miró primeramente con enojo, pero después, poco a poco, mientras cerraba la puerta, la mirada furiosa trocóse en irónica...

—Me has visto vencido y humillado, marquesa.

—No. Fuisteis prisionero de noche y de emboscada. El pirata, en lucha noble, habría sido vencido...

—Tienes razón. Siéntate, marquesa. Este mismo escabel, cuyas argollas debieron, torturar a siervos de los Corbignv, es ahora silla sin peligro. ¿Sabe alguien que te has dignado venir a compartir mi soledad en esta noche que nunca podré olvidar por la largura de siglos que tiene?

—Los "chevaux-legers" rondan al exterior. No me han visto. Los lacayos duermen, que los pobres están aquejados de cansancio y magullamientos. Mi preceptor duerme, creyéndome encerrada en mi alcoba. ¿Me juzgáis deshonesta por visitaros de noche y a solas?

—El castillo es tuyo, Mireille.

—Vine porque... si vos me pedisteis que... si vos me dijisteis que

me deseabais por esposa...

Interrumpióse ella, sonrojándose aún más ante la risa que, en inaudibles ecos, bailaba en los labios del corsario, aunque no en sus ojos.

—¿Por qué reís, Legay?

—Somos distintos, marquesa. Vos pensáis en amoríos y refrigerios. El amor os desasosiega y desvela. Pero nuestro naciente idilio quedó truncado. No puede casarse en Corbigny el que sólo deseos tiene de quemar estos muros.

El corsario avanzó y reclinóse en el caballete que daba frente al escabel donde se sentaba Mireille de Ferjus.

—Quizá vuelva a pensar en ti, Mireille, cuando mañana hayan resonado en esta sala los primeros gritos de... Pero eso no te importa. La noche es larga, Mireille. Dime, mi linda prometida, ¿tú oíste hablar de mí? ¿Qué pregonaba la fama al divulgar el nombre del nantés?

—Que eras el corsario en quien más confiaba el rey.

—Yo te diré cuanto es cierto de lo que de mí hablan. Elogian mi serena y estoica sangre fría, porque la demostré en muchos combates. Me reputan valiente, porque lo soy. Dicen, que torturo a mis enemigos. Mienten, porque sólo he torturado a los que me ofendieron. Yo mismo rompí huesos y laceré miembros. Recuerdo una mujer que viendo morir a su hijo, pedía misericordia. Eso la leyenda no lo cuenta. ¿sabes qué hice con ella?

Mireille de Ferjus denegó con la cabeza, anhelante el busto.

—La até al cadáver de su hijo, porque me escupió al rostro. Ambos se hundieron en el mar. Soy clemente, Mireille. Pero quiero explicarte algo que ignoras. ¿Por qué crees que el pirata pretendió humillarme?

—Envidia tu fama.

—No me halagues, mozuela. Hay luz de miedo en tus pupilas. Tus labios tienen ahora el color de mis cabellos. Si gritas, nadie te oirá. Grita...

Mireille de Ferjus parecía privada de la facultad de poder moverse. Su contraída garganta tenía sequedad febril, mientras los ojos grises, inhumanos, brillantes, la fascinaban...

—Gritarás cuando termines de oírme, marquesa. El pirata sabía que yo suplicié mujeres... ¿Por qué las suplicié? Porque las odio,

como el hombre fuerte odia sus pasiones que le esclavizan. Son cadenas los brazos que primero dan a mi cuello tibiezas de guirnalda amorosa. Si no hubiera sido por vosotras, el pirata español no me habría humillado. Tú tienes, pues, la culpa de lo que me sucedió. Tú eres una más de las qué constituyen la única debilidad de Legay. Grita, marquesa... grita...

Ella tardó en hallar las palabras que murmuró:

—No me harás daño, Legay... Pretendes atemorizarme...

—Tienes razón. Pretendo atemorizarte, porque cuanto nos rodea se presta a ello. Pero es tentador lo que me ofreces, marquesa. Nací de un mozo de establo y una criada de rico mercader. Pasé años y años en establos. Veía a las que apoyaban los pies en mis manos para ensillar, sin mirarme, como si yo fuera un escabel como ése en el que te sientas. El Antoine Legay de entonces es el que cuando el día de mañana termine, quizá podrá considerarse resarcido, si al irse, sus corsarios llevan a bordo al que recibirá en esta sala el primero de los innumerables tormentos con los que viviré días y noches de fruición. Pero detrás de mí quiero dejar un rescoldo de fuegos, marquesa. Los bosques y los dos castillos que presenciaron la humillación de Legay, pregonarán con sus ruinas, cuando yo vuelva a verlos, que quedó borrada esa página de mi historia.

—Los “chevaux-legers”...

—Mañana al amanecer se irán.

—El rey te exigirá...

Los piratas, marquesa, los piratas incendiaron esta comarca del Loira. Eso dirán más larde los de Angulema... Pero yo, esté donde esté, sabré que fuí yo quien dió la orden de arrasar a fuego los parajes donde ardió mi mejilla.

—Yo...

—Tú harás eco a los primeros gritos del pirata, marquesa.

Las dos manos del corsario avanzaron, y Mireille de Ferjus que creía que iban a atenazar sus hombros, retrocedió.

Pero se limitaron a cerrar las dos espigas que circularmente abríanse en dos arcos a la altura del talle, que ahora quedó aprisionado entre aquéllas.

Era un escabel empotrado en el suelo... y Mireille de Ferjus, con sus antebrazos martirizados por la presión del aro de hierro que los mantenía contra su cuerpo, gimió involuntariamente, resistiéndose

a creer que el corsario la tratara con crueldad.

Antoine Legay volvió a reclinarse contra el caballete.

—Cuando mis corsarios hayan realizado el cerco y traigan al pirata, los "chevaux-legers" se irán, o se quedarán, según deseen. Ellos, tus lacayos, y el viejo, arderán contigo, Mireille. ¡Nadie sabrá así que Antoine Legay ostentó por cierto tiempo una cruz infamante en la mejilla! Sólo hay dos hombres que lo saben. Mi lugarteniente y el pirata. El primero morirá al amanecer. Cada vez que mirase mi mejilla, volvería a sentir en ella la cruz, que quemé... Soy misericordioso contigo, Mireille. Si te hubiera desposado, habrías sufrido más. Morirás mañana con muerte digna de ti. Ardiendo entre las ruinas de tu castillo...

Mireille de Ferjus sacudía la cabeza de lado a lado, en negativas de quien oye inverosímiles relatos...

En burla sádica, el corsario replicaba a sus cabeceos negativos, con otros afirmativos...

Poco después, Antoine Legay iba narrando episodios de su vida. Elegía los más horrendos, complaciéndose en detallar suplicios...

Y cuando al terminar una de sus anécdotas vió que los cabellos de la prisionera cubrían ahora su rostro, al vencer el cuello y quedar la cabeza reclinada contra el pecho en desmayo de horror, sonrió.

Sentíase al principio de la senda de venganza, cuyo remate sería la prolongada agonía del pirata que en soberbio reto rondaba creyendo que Legay podría esperar a que las olas del Caribe terminasen aquel duelo a muerte.

Cuando ella abrió los ojos levantando la cabeza y mirando extraviada por entre las guedejas de los largos cabellos, Antoine Legay reanudó sus relatos.

Interrumpíase cuando ella gritaba en chillidos que tenían reminiscencias primitivas de épocas en las que el terror asolaba las mentes de los seres que inesperadamente veíanse ante pavorosos monstruos deformes.

Pero era más escalofriante la deformidad moral del nantés que cuando ella, agotada por el pánico, cesaba en sus gritos infrahumanos, señalaba la puerta cerrada y los muros.

—Construidos para que los gritos de los torturados no importunasen los oídos de los castellanos de Corbigny, marquesa.

Y reanudaba donde los había interrumpido los relatos dé hechos

de tal índole, que habían estremecido a los propios corsarios endurecidos que los presenciaron. Y evocaba los sucesos con tal lujo de detalles, que Mireille de Ferjus creía también presenciarlos. Pero su imaginación nunca había podido concebir que tales crueldades fueran las que habían dado fama de implacable al hombre que, por espacio de unas horas, ella había empezado a amar, en romántico embellecimiento del que suponía un audaz y valiente corsario, duro por exigencias del arriesgado oficio y difamado por murmuraciones de envidiosos. .

Cuanto más suplicaba, gimiendo y gritando, que cesara de hablar, más se acentuaba la crueldad de los relatos que la voz hiriente iba describiendo en aquella noche otoñal entre los cuatro muros de la sala de suplicios del castillo de Corbigny...

CAPITULO IX

Un coloquio

El capitán Lope Holgado supo elegir. El caballo que desde el establo del castillo sacó al jardín, haciéndole detenerse bajo la luz, mereció aprobatorias miradas del sargenta Farcy.

—Podéis volar con ese caballo, corsario-dijo el sargento —, Pero no debéis echar en olvido que el pirata y sus hombres merodean en los bosques y que son duchos en toda artimaña.

Lope Holgado no replicó. Iba anudando trapos a los cascos del caballo. Cuando terminó, pidió con su característica brusquedad:

—Una capa, sargento. Negra.

—Sagaz precaución. Cogedla de allí, de aquel arzón... Bien, corsario. Vos obedecéis órdenes de vuestro jefe y yo de mi comandante. Decidme dónde vais y con qué misión, porque mi comandante me lo preguntará cuando efectúe la ronda de vigilancia.

—Voy en busca de hombres del “Bellephor”. Rodearán los bosques, e irán acorralando a los piratas, si no se han ido ya.

Montó, y al alejarse parecía una silueta fantasmal desplazándose sobre un equino negro de alados remos silenciosos.

El sargento Farcy reanudó sus paseos alrededor del castillo, donde los componentes de las tres escuadras montaban una guardia de cuya eficacia eran los primeros en no dudar.

Lope Holgado penetró en el sendero. Tenía una convicción. Si había colocado el caballo negro bajo la luz de las linternas colgadas cerca de la escalinata, era porque no le cabía duda de que desde algún punto, entre setos o tupidas ramas de árbol, unos ojos acechaban...

Siguió avanzando lentamente por espacio de media legua a

través del bosque, y no se movió, sino que, por el contrario, refrenó las riendas, deteniendo al caballo, cuando a su lado, como caído del cielo, un cuerpo pareció rebotar elásticamente,..

—Hola, corsario Tallejac.

—Hola, Carlos Lezama.

Mucha luz había donde tú estabas convirtiendo en mudas pesuñas los cascos de tu potro.

—Legay quemóse la mejilla con hoja de machete al rojo vivo.

—¿Leyó la mordaza?

—Me mandó leérsela.

—No soy curioso, amigo.

—Si me coloqué bajo la luz, era porque deseaba decirte dónde voy.

—Hubieras sido un pirata excepcional, capitán.

—Excelente capitán eres tú, pirata.

Habíase apeado el militar y avanzaba por el bosque, llevando de las riendas al caballo. A su lado, andaba el Pirata Negro. Se encaminaban a la cinta plateada del río en su curso hacia Angulema.

—¿Qué estaba haciendo el nantés cuando le dejaste?

—Pensar en ti.

—Me colma tal atención. Me satisface si le produzco sueños de pesadilla.

—No dormirá. No porque tema que puedas de nuevo llegar donde está, porque es valiente. Me consta.

—Es buena espada.

—Pasará la noche en un aposento que contiene instrumentos de verdugo. No me lo dijo, pero sé que lo hará, porque en su imaginación te verá allí dentro.

—Me gustaría poder realizar lo que su imaginación desea. Sólo que libre de manos y pies.

—No lo intentes. Los “chevaux-legers” rodean el castillo. Yo en tu lugar, Carlos Lezama, abandonaría estos terrenos.

—Lo haré cuando lo haga el nantés.

—Voy en busca de cien corsarios, que traeré. Irán cercando el bosque que estamos atravesando. A la luz del día no podrás escapar.

Percibíase ya más cerca el sonoro fluir del agua.

—¿Dónde ancla el “Bellephor”?

—En Burdeos.

—Tate... Es puerto de mi agrado.

—No pienses en tus piratas, Carlos Lezama.

Estaban ya al margen del río, cuya orilla siguieron hasta llegar al puente.

—Los reservo para mejor ocasión, capitán. Pero procura no estar a bordo del “Bellephor” cuando efectúe mi “Aquilón” la misma singladura.

—Legay ha ofrecido mil luises de oro para el que primero te vea, y otros mil para el que te aprese.

—Es generoso...

Separándose de Lope Holgado, inmovilizóse de pronto Lezama, quedando oculto detrás del arco de entrada al puente.

Por la carretera que en línea recta procedía de Angulema, avanzaba un jinete, llevando en alto una antorcha.

Iluminaba el camino y a la vez sus ropas: el uniforme corsario de los tripulantes del “Bellephor”.

Atravesóse el lugarteniente en el camino, tras cruzar el puente montado en su caballo. Había quitado de sus hombros la negra capa.

El jinete retuvo su montura, amartillando una pistola, que volvió a la posición primitiva cuando vió quién era el que le cortaba el paso.

—Hola, Durand.

—A vuestras órdenes, señor. Tardé en venir porque tuve que informarme en Angulema. Traigo mensaje del Almirantazgo para el capitán Legay. Es urgente.

—¿Tienes noción del contenido?

—En el Almirantazgo saben que soy el amanuense de a bordo del “Bellephor”, y hombre de toda confianza. Es orden de embarque con rumbo a las Antillas. Gran misión la que confían al “Bellephor”, señor. Mandar como nave almirante de libre pabellón a barcos surtos en puerto que señala este mensaje.

—La orden que el capitán aguardaba, Durand. ¿Cuándo debe zarpar el “Bellephor”?

—Hoy, a las siete de la madrugada, señor.

—Bien. Le llevaré este mensaje al capitán Legay.

—No os lo puedo entregar, señor. Se me ordenó que

personalmente lo depositara en manos del capitán.

—Cumple, pues.

A la vez que pronunciaba las dos palabras, asestó Lope Holgado un veloz puñetazo en la barbilla del corsario, que proyectado hacia atrás, forcejeó en su cinto.

La diestra de Lope Holgado repitió el golpe y poco después arrastraba al inconsciente mensajero hacia el otro lado del puente, cuando ya los dos caballos quedaron atados.

Carlos Lezama, sentado en el reborde del suelo de madera que formaba arco sobre el río, guardó silencio, mientras Lope Holgado colocando un pie encima del corsario, hurgaba entre sus ropas.

Extrajo un legajo arrollado con cinta lacrada en sus extremos, y rasgó la sutil tela.

Miró por unos instantes al yacente, y seguro de que tardaría en volver en sí, fué a la carretera, donde se detuvo junto a la antorcha que en el suelo seguía ardiendo. Inclinándose, leyó el mensaje. Luego volvió a arrollar el pergamino, en el que la cinta partida en dos dejaba colgar los lacres con el sello dél almirantazgo francés, y regresó donde Carlos Lezama continuaba inmóvil, brazos cruzados.

Lope Holgado alzó en vilo al corsario... Y balanceándolo un instante encima de su cabeza, lo lanzó al agua.

Siniestra, la cinta plateada dibujó unos círculos concéntricos, que fueron aminorándose, y el curso del río volvió a ser apacible.

—Es mi despedida del “Bellephor” —dijo bruscamente—. Este sujeto era un despreciable asesino. Ayudaba a Legay cuando éste se hallaba corto de imaginación para inventar nuevas torturas.

—Sois un lugarteniente muy original, Tallejac.

—Ya he dejado de serlo. Por fin, ha llegado el momento en que de nuevo seré el capitán Lope Holgado. El mensaje no contiene más que la relación de los barcos que en el puerto bajo de la mayor de las Tortugas, esperan al “Bellephor” para atacar el puerto de Trinidad, bajo el mando de Legay. Por ese documento vine, y ya lo tengo. Ya no voy a Burdeos, Carlos Lezama. Tomaré la ruta opuesta, hacia los Pirineos. Y espero que me será concedido el honor de sentar plaza en uno de los galeones que hundan los barcos surtos en las Tortugas.

—¿Vuestra deserción y la desaparición de Durand, no harán sospechar a Legay?

—Los piratas rondan... ¿No es la frase que todos tienen a flor de boca? No puedo volver a Corbigny... Ante Legay hice una vez votos deseando que vos le matarais. Confío en que algún día oiga comentar que el “Bellephor” quedóse sin mando, porque así lo tuvo a bien un pirata español. Adiós, Carlos Lezama. No os doy la diestra, porque es gesto que me veda el grado que ostento. Seguid vuestro camino rebelde, luchando contra toda autoridad, porque en el fondo de los corazones españoles hallan calurosa aprobación vuestras buenas acciones, si bien se reprueba la indómita decisión que no os hace acatar leyes ni disciplinas.

—Vos sois militar, y yo no. Pero cada uno a nuestro modo imponemos orden; vos al son de clarines, y donde os mandan; yo al son de mi capricho y allá donde se me antoja. No me guardéis rencor por la ceja. Me lo pidió el corsario... Y sólo repetiría el golpe si el militar desease hacer entrar en vereda al pirata.

Lope Holgado mostró por vez primera una ancha sonrisa.

—Si me lo ordenasen, lo intentaría, Carlos Lezama. Pero... anticipo mi deseo de buena suerte. No me gustaría morir matandoos. Adiós.

—Adiós. Que también os siga favoreciendo la suerte.

Poco después, el potro negro alejábase, desnudos ya sus cascos. El Pirata Negro se internó en el bosque...

Había decidido que Legay abandonase para siempre el lugar donde se erigía el castillo de Civry, que tenía que albergar a la que no podía ser víctima del sádico corsario.

CAPÍTULO X

El Panteón propicio

No era un cuadrumano el que simiescamente avanzaba de árbol en árbol por la tupida masa compacta que formaban entre sí las altas copas de cimeras enramadas. Si crujían las ramas de vez en cuando, ó, removíase la hojarasca, la brisa nocturna amparaba aquellos ruidos produciendo otros semejantes.

Detúvose el Pirata Negro cuando la continuidad de enramadas cesó. Bajo la copa del árbol en que se hallaba, vió parterres de flores polícromas, que ponían motas de color en la negrura del jardín posterior del castillo de Corbigny.

Tres lanceros paseábanse en estratégica ronda que les enlazaba desde las esquinas hasta el centro del muro almenado, en triple caminata de breve tramo, adheridos a la base de la gran fachada posterior.

Desde donde se hallaba Lezama hasta el ciprés que mecía su pináculo puntiagudo, proyectando sombras contra lo alto del muro, mediaba una distancia de tres metros.

Mayores habían sido las distancias que separaban la borda del "Aquilón" y la del barco enemigo al que el Pirata Negro habíase lanzado, iniciando el abordaje, en múltiples ocasiones.

Por eso no hubo vacilación en su impulso cuando cercioróse que la misma obscuridad de la noche aumentábase a aquella altura por la circundante proyección de la arboleda.

Cimbreóse más el ciprés... Uno de los "chevaux-legers" debió alzar el rostro, porque un óvalo blanco se dibujó contra el muro, donde antes sólo había la obscura silueta de un chambergo.

Pero siguió en su paseo y volvió a quedar visible le chambergo. La brisa seguía murmurando por entre las hojas y las ramas.

Distaba ahora la almena que frente a sí tenía el ocupante del ciprés, unos cuatro metros, pero el mismo balanceo favoreció el segundo salto con el que cayó tras el almenado remate del muro.

Estaba en un ancho pasadizo que sin techo formaba cuadrángulo. Inclinóse en el alvéolo de la almena.. Los tres lanceros seguían su ronda ajenos al que había surcado el espacio una decena de metros encima de sus cabezas.

El ancho pasadizo formaba cuadro alrededor del cuerpo central del castillo que más arriba volvía a almenarse en otro pasadizo semejante.

Aquel por el que avanzó Lezama correspondía al rellano del primer piso. En su extremo oeste sobresalía una torrecilla de redonda cúpula pizarrosa en la que entró.

Era una de las cuatro torres que en cada uno de los puntos cardinales esquinando a media altura el castillo, sirvieron antaño para guarecer centinelas por noches de ventisca y lluvia, y de cubierta defensa a los que por ella iban trayendo las rocas y el hirviente plomo destinado a los que intentaban el asalto.

Los escalones estrechos y en pronunciado ángulo de descenso terminaban en nave que también en otro siglo tuvo por ocupantes a los componentes de la guarnición de Corbigny.

Pero ahora era sala desierta y anchurosa donde venían a desembocar por sus cuatro esquinas las escaleras de las torres.

Al final, otros, peldaños conducían a sala más reducida, pero también de suelo inferior al del jardín.

Atravesaba el Pirata Negro esta sala, cuando llamó su atención la tenue luz que filtraba una diminuta ojiva. Era cerrojo de una gruesa puerta recamada de herrajes.

Aproximóse a ella y doblando el busto, aplicó la vista al orificio, que le reveló los contornos de múltiples instrumentos de tétrica apariencia.

Apartóse para meditar en qué forma conseguiría el acceso al interior de la sala de suplicios.

Podía emplear como ariete algún pesado pedestal de los que en vestíbulos y salones sostenían estatuas de bronce o voluminosas armaduras. Pero el ruido podía atraer a los soldados, y deseaba que su última entrevista con Antoine Legay fuera a solas.

De pronto, pensó que la ojiva del paño estaba libre de llave, por

lo cual era de deducir que si había resistido al leve empuje era porque estaba cerrada interiormente, no a vuelta de llave, sino con pestillo o gancho...

La construcción medieval empleaba con frecuencia la espiga de hierro que terminada en garfio entraba en aro del mismo metal.

Salió al vestíbulo y cogió el alambre que rodeaba la visera de una armadura. Lo torció en ángulo recto, formando a su extremo una menuda horquilla.

Volvió de nuevo sobre sus pasos, e introdujo en la cerradura el largo alambre doblado. Su otra mano apoyábase contra los resaltes metálicos en permanente presión.

Daba lentas vueltas al torcido hierro, que rodaba sin obstáculos hasta que debió tropezar con algo, porque resistióse a continuar su movimiento circulatorio.

En otros sucesivos tanteos, casi pudo Lezama adivinar, como si lo viera a través de la gruesa hoja de madera, la posición del gancho de cierre. Introdujo más el alambre para que la horquilla empujara la espiga. Sintió cómo el metal que hasta entonces hallaba resistencia iba cediendo.

La zurda, en su constante presión suave, empujó ahora, y el Pirata Negro entreabrió la puerta, sirviéndose de ella como parapeto contra un posible pistoletazo o la mordedura de un arma arrojada.

Péro sólo oyó una voz aguda que, monótona, iba narrando el espeluznante final de una orgía...

Por el espacio da la entreabierta madera penetró Lezama, y vió entonces la exótica figura del que reclinado contra un caballete, miraba hacia el abovedado techo como si en él contemplase lo que estaba relatando.

Mireille de Ferjus, de perfil, inclinada la cabeza, sollozaba quedamente, en murmullos angustiosamente convulsivos...

Las espaldas de Legay tuvieron un estremecimiento cuando cesó de hablar y adelantando la diestra, asió por los cabellos la cabeza femenina, forzándola á levantar el rostro.

—Ya sabes quién soy, marquesa. Mucho mejor que ninguno de mis corsarios, sabes quién soy.

Soltó, los cabellos de su prisionera, retrocediendo.

—Éste será el panteón propicio donde el fuego calcinará tu

cuerpo. Contempla esos accesorios y dime si no son realmente el marco más propicio en que yo…

—…te buscaste el panteón más adecuado.

Las palabras que el Pirata Negro, tras cerrar la puerta, pronunció con incisiva sonoridad, a la par que avanzaba, hicieron saltar como una liebre herida por disparo a Antoine Legay.

El corsario dió sobre sí mismo un giro, desorbitando los ojos.

Por un instante, la superstición hizo mella en su subconsciente y creyó diabólica propiedad la que demostraba poseer el que aparecía en los lugares más inesperados y que ahora, a dos pasos frente a él, le miraba fruncido el entrecejo.

—Me quedé con un remordimiento, nantés. El remordimiento de que pudieras continuar tu carrera de crímenes, sin tener yo la satisfacción de asegurarme que la punta de mi espada hallará carne en tu corazón.

Antoine Legay, macilento el rostro, gruñó sordamente, desaparecido de su aspecto toda semblanza con un ser humano…

—Estás feo, nantés… Hav espumarajos de rabia en tus labios, y fuego en tus ojos… Tiemblan tus manos…

Aquieta las fibras, nantés.

El cuerpo de Legay cubría la trayectoria visual y no permitía ver a la prisionera del escabel.

El Pirata Negro hablaba mordiendo las palabras, atento al menor temblor de los miembros del corsario, cuya agilidad y eficacia en el manejo de las armas y ardides conocía ya.

Fue evidente el esfuerzo con el que Antoine Legay estaba dominando sus instintos sanguinarios, donde el odio y el rencor azuzaban la llama que toda la noche había estado incubando.

—¡En qué accesorio de esos quieres verme, nantés? Un potro distendiendo mis piernas y alargándolas hasta quebrarlas…



...te buscaste el panteón más adecuado.

También aquella rueda rascándome las espaldas...Elige, nantés.

Bastará para que oficies de verdugo que logres demostrarme que la espada que puedes coger de aquella panoplia puede apartar la mía. Anda buitre... Te doy permiso. Yo te doy permiso para que te defiendas. ¿lo oyes, señor capitán Antoine Legay?

El corsario anduvo de lado hacia la panoplia señalada, mientras el Pirata Negro, avanzando también de costado, colocábase de espaldas al escabel ocupado por la marquesa de Corbigny.

Corrió de pornto Legay hacia la panoplia y asió daga y espada. Con ellas en las dos manos, sonrió siniestramente.

Fue a colocarse ante la puerta, y cruzó ante el pecho los dos aceros. Estaba a cuatro metros del Pirata Negro.

—No te he de perforar más que los brazos, pirata... —gruñó chillonamente Legay.

—Yo el pecho, corsario. Que llamarte pirata sería ofenderme y deshonrar a la escoria del Caribe.

—Y cuando quedes privado de acción, yo mismo te encadenaré al caballete en el que tus huesos crujirán. Por más qué supliques, yo...

—Abróchate las fauces, chacal, y no te relamas anticipadamente. Nunca curtas la piel sin primero despellejar al que la tiene. ¿Por qué

no atacas?

El Pirata Negro, volviendo la espalda a la prisionera sentada en el escabel, pretendía resguardarla así de cualquier intentona que Legay pudiera tramar, aunque comprendía que en aquellos instantes el corsario sólo acechaba una presa...

Antoine Legay permanecía ante la puerta, inmóvil, cruzadas las dos muñecas formando aspa con los dos aceros.

—Tenemos tiempo, pirata. En esta sala estás a mi merced. La pistola que llevas no tiene cebo. Tu espada y tu daga contra las mías son tu única defensa...

—¿Poco te parecen? Deseo demostrarte que la escaramuza que al anochecer tuvimos en otra sala, donde también había una mujer aterrorizada, tendrá aquí un final de amanecer. Tú y yo hemos sido cuervos asolando la tranquilidad de esta idílica floresta. Justo es que te hinque el pico, y tampoco tengo yo gran prisa. Sólo una advertencia: por honrilla de espadachín quiero matarte limpiamente, como no te mereces. Emplearé espada y daga mientras sólo sean éstas tus armas. De soberbia a soberbia te vencí. Tú eres Legay, el corsario que por donde llegaba quería ser considerado amo y señor. Yo soy el Pirata Negro, que por todas partes donde voy me persiguen. Tú eras hombre a quien las mismas autoridades respetan. Yo, hombre a quien las autoridades detestan. Ibas con muchos, acompañado de tu perfidia, con tus ribetes de loco y tus genialidades de malvada hiena. Yo iba solo, acompañado de mi insolencia, mis ribetes de perdonavidas y mis genialidades de lobo mordedor.

—Bello discurso-gruñó Legay, cuya voz enronquecida desmentía su aparente sorna.

—Quiero que sepas, que si empleas dientes y uñas, también yo... Y no pretendas abrir la puerta y gritar pidiendo la ayuda de los soldados. Quedaría tu mano clavada en el dintel, porque las dagas son machetes si me lo propongo. Quiero que se te grabe en, el cerebro, que he venido a matarte dándote una lección final, que en el infierno podrás contar. Cuando un hombre navega y adquiere fama de hombre y valiente en todas las ocasiones. Morirás como hombre aquí, en sala de suplicios que me destinabas a mí y a otras personas.

—Tu seguridad en darme muerte es risible.

—Ríe cuánto quieras, verduguillo. Prisa no tengo por matarte, porque sé que lo haré. ¿Por qué? No por la razón de que mi espada en momentos como éstos es justiciera, sino porque cuando tú aun no hablabas, yo ya contaba los pases en la mi academia de esgrima. Si al anochecer corté nuestro duelo en forma abrupta, fué porqué defendiéndome de tu esgrima, que no considero torpe, hubiese tenido que matarte. Y entonces no lo quería. Era aun pronto. Pero cometiste un error, nantés. Fuiste a fijarte en mujer que merecía mis máximas atenciones.

—¿La que está a tus espaldas? —rió el corsario dando un paso.

—Si nos oye, podría decir que me merece mis máximos respetos, aunque la desconozco al igual que ella, que sólo supo ver en mí al pirata que pretendía asediar y que asedió. Al hablar de mujer en quien no debías posar tu turbia mirada que todo lo encharca, me refería a la española de Civry.

—¿Tu amante?

—Si crees que me encolerizarás, desengáñate, nantés. No babees, porque tus salivillas calumniosas no pueden manchar a la que está muy por encima de ti y de mí.

—¿Amor puro y romántico?

—Te refocilas en nuevo juego, nantés. Tienes también la seguridad de que dentro de unos instantes estaré en tu poder. Y casi adivino la torpe y burda maquinación... Inundaría el pantano que tienes por alma, el ver aquí en esta sala, a la española torturada a mi vista... ¡Por esta misma razón vas a morir inexorablemente!

Las cuatro hojas de acero chocaron a la vez, ante la rapidez con la que Antoine Legay desencadenó su ataque abatiendo simultáneamente espada y daga.

La tétrica, sala iluminada dantescamente, arrancaba destellos a los aceros que se enlazaban, en restallidos veloces. Los cuatro brazos de los dos contrincantes movíanse aceleradamente, y a los felinos saltos del nantés oponía Lezama cuartos de giro sobre sus pies, obligando a su adversario a no perderle el frente, prodigándole sucesivas fintas al flanco por el que pretendía escabullirse, para forzarle a abandonar la posición que desde un principio ocupó.

Mireille de Ferjus seguía con avidez todos los incidentes del encarnizado combate. No veía en el pirata a un salvador, sino a otro aventurero tan temible como el corsario...

Pero más humano, más rudo, que podía matarla o hacerle objeto de vejaciones, pero cuya presencia obrando repentinamente de sedante aun dentro de su misma peligrosidad, le concedía tregua al enloquecimiento paulatino y progresivo que había experimentado en el tiempo que había estado a solas con el demonio de los cabellos blancos.

De pronto, la daga de Legay encontró carne… a la par que también la misma arma de Lezama clavábase en el antebrazo izquierdo del nantés.

Gritó Legay, no por el dolor físico, sino en exultación, creyendo que su puñalada había hecho mella en el pecho de su adversario. Pero la daga arañó tan sólo el hombro y cayó al suelo…

Pendió inerte el brazo izquierdo de Legay, que sañudamente aumentó el ritmo de sus estocadas…

El Pirata Negro tiró al suelo su daga…

El gesto hizo saltar hacia atrás, en precavida defensa, al corsario…

—No te asustes, nantés. Ha sido gesto al que no estás acostumbrado. No me tomo nunca ventajas… Te queda tan sólo un pincho y un brazo. Me sobraba, pues, daga y un brazo…

Pero ahora pasó el Pirata Negro al ataque. Ya conocía a fondo la “escuela” de su peligroso contrincante. Y fué acorralándolo al fondo de la sala con vertiginosos ataques en tromba, donde la furia combativa y la pertinaz y vigorosa persistencia de sus golpes tenía el complemento de una fría y cerebral contundencia científica…

Por dos veces tendióse a fondo, y otras tantas saltó hacia atrás Legay. Los grises ojos tenían ahora una expresión humana. El humano sentido del que se siente perdido…

—¡A mí! —aulló, defendiéndose sudoroso—. ¡Soldados!

Fueron dos exclamaciones agudas, chillonas… Un eco en carcajada brutalmente burlona le replicó, y mientras proseguía acosándole, el Pirata Negro habló, entrecortada la voz por los continuos estoconazos:

—Elegiste sala donde no se oyeran gritos, nantés… A tus estertores, sólo habrá risotadas por eco… vas a morir, nantés… ¿Te das cuenta?.. Ya no habrá mujeres que te teman… Otras te llorarán quizás… que así es de enrevesada la mente femenina… Flaquea tu brazo, corsario Legay… Retrocedes, como si así pudieras escapar al

punzante calor que pronto vas a sentir en el lugar donde los demás tienen el corazón...

Saltó hacia atrás de nuevo Legay, ante la proximidad de la hoja fustigante que acababa de rozar su pecho, apartando su espada...

Y el Pirata Negro, al oír el salvaje grito del corsario, alzó su espada, dando un paso atrás. La espada estaba limpia de sangre. No había herido y sin embargo, Antoine Legay tenía en la parte izquierda del pecho dos anchas brechas que manaban sangre, sobresaliendo por ellas dos serpeantes aceros...

En sus continuos retrocesos no había visto que en vez de pared el sitio hacia el cual se encaminaba, tenía un ancho madero donde aparecían clavadas múltiples hojas de hierro anchas y retorcidas.

La "última cama": el instrumento de tortura en la que se daba muerte a los que ya agonizaban de preliminares torturas tendiéndolos en ellas.

Quedó clavado en ella... Cayó de su diestra la espada, y sus dos manos crispáronse, abriendo y cerrándose espasmódicamente...

Miró al que frente a él envainaba lentamente. Un rictus demoníaco crispó sus facciones, y de pronto, doblando la cabeza sobre el pecho, expiró.

—Hallaste el panteón propicio-rezó Lezama como oración fúnebre —. La muerte que merecías. Asesinado por asesinas armas de tormento...

Volvió la espalda al que quedaba suspendido mortalmente y dirigióse al escabel.

Mireille de Ferjus intentaba apartar la vista, sin conseguirlo, del macabro espectáculo que al fondo de la sala ofrecía Antoine Legay flácidamente en pie...

Volvió a la realidad, y cesó de mirar el cadáver del nantés, cuando sintió que sus mortificados brazos y su talle quedaban libres de la férrea opresión que hasta entonces los mantuviera aprisionados.

Levantóse vacilante, retrocediendo, y arreglando sus desordenadas ropas, fija la vista en el semblante atezado.

—Podéis alarmar a los soldados, señora, cuando lo deseéis. Estáis en vuestró derecho, y éste es vuestro castillo... ahora. Naturalmente, no me juzguéis equivocadamente. No pienso entregarme a la justicia por haber dado muerte a ese vesánico

rufián. Gritad cuanto queráis, Una vez haya yo salido, que el camino que yo siga no lo seguirán los soldados.

—¿Por qué he de gritar? —musitó ella, estremeciéndose al recuerdo de las pasadas horas, y por el peligro que presentía cercano, más amenazador aún en la tranquila entonación del que acababa de sostener un feroz y sangriento duelo.

—Es vuestra obligación. Quiero que todos sepan que Legay murió a mis manos, no porque tema que os acusen de tal muerte, sino porque es prurito de pirata. Hay aún temor en vuestros ojos, niña. Perdonad la familiaridad. Os llevo los suficientes años para hablaros paternalmente-y truncó su seriedad el Pirata Negro para reír amargamente —. Un pirata dando paternales muestras de conmiseración es cosa en que no creéis, ¿verdad, niña? Tenéis aún mucho miedo en las pupilas verdeazules que conocí sonrientes y bondadosas. Olvidad lo que aquí ha ocurrido... Olvidad al cuervo que ha muerto... Y olvidad al cuervo que os habla... Es destino que no puedo evitar, niña. Donde voy, aletea la muerte...

—Pará... ¡para dar vida y salvación!

La respuesta de Mireille de Ferjus fué, más que una vehemente exclamación, un grito sollozante. Sus nervios habían estallado... Pero lloraba en sedante alivio donde inconscientemente alentaba fe en las frases del que ante ella, tendió una mano que suavemente se posó en el hombro sacudido por sollozos...

—Bah, bah, niña... Cese el rocío, que próximo está el amanecer... Si seguís llorando, creeré que os doy miedo....¿Me juzgáis acaso cuervo de la calaña del nantés?

—El que juzgaba marino rudo pero caballero, era un... un demonio de pesadilla nunca soñada... Y vos... —sonrió ella entre lágrimas-que os juzgué... mal, sois, ¡sois tan distinto a como creía! ¿Por qué os persiguen? ¿Qué mal habéis hecho? No podéis haber hecho nada contrario, a la caballerosidad que... siento personificáis...

—Más que nunca os digo que sois niña. Cierto que no me reprocho maldad alguna, pero no me adornéis ahora indebidamente... Me persiguen porque no acato leyes, ni respeto corsarios.

Y Carlos Lezama rió sin burla ni amargura. Su risa era para apaciguar los últimos temores de la aristócrata, que murmuró:

—¿Y cómo váis a poder marcharos, señor?

—Por donde entré. Hay momentos en que las puertas me están vedadas, y es éste mi mayor orgullo. Que los umbrales se abren tanto para los honrados que las leyes respetan, como para los que en ellas se amparan para sembrar maldades...

—Venid-dijo ella, asiendo la diestra del Pirata Negro —. Mientras sigan rodeando el castillo las fuerzas del comandante Lenoble, vos seréis mi huésped: Yo os esconderé.

—Gracias por darme vuestra manecita, niña...

—Tengo veintiún años —dijo ella puerilmente.

—Bien quisiera yo tenerlos también —

Ella dirigíase hacia la puerta andando de forma que no pudiera ver el fondo de la sala a su mano izquierda. Repitió:

—Os esconderé.

—Nunca me escondí abusando de hospitalidades que podrían perjudicar a quienes me las concedieran.

¿Caballerosidad? No, no... Simple precaución para evitarme el remordimiento de ser acusado de perillón que se ampara tras faldas femeninas.

—Sois levemente soberbio, señor —dijo ella, sonriendo y mirándole con expresión que instintivamente ponía en sus ojos luz de admiración.

Veía por primera vez al hombre. Al hercúleo y varonil aventurero de recio perfil, ojos intensamente negros; y sombríos cuando amenazaban, y densamente aterciopelados cuando sonreían...

La zurda de Lezama alzó el garfio que cerraba la puerta, pero retuvo la mano femenina que rodeaba su diestra.

—Volved a vuestra alcoba, que yo iré por mi camino.

—No quiero... Vos salvasteis mi vida. Yo quiero salvar la vuestra.

—Doy al propósito todo el favor de una intención lograda... ¿Cuál,es vuestro nombre?

—Mireille. ¿Y el vuestro?

—No lo tengo, Mireille. Escuchadme. Dentro de diez minutos, a partir del instante en que de vos me despida, echad el grito al cielo......

Gritad que yo, el Pirata Negro me he complacido en matar al

corsario, Legay. Gritad que a eso vine, y así lograréis que los “cheveaux-legers” sen vayan, dejando de nuevo en paz esos paisajes de égloga, que fueron por un día escenario de graznidos de cuervo...

Que vuelvan de nuevo a cantar las ruiseñores por las noches, y durante el día, el susurro del río acalle poco a poco para siempre el agudo rechinar del cuervo muerto, y la ronca garganta del cuervo que en despedida besa vuestra mano.

Al sentir en su diestra el contacto de los labios masculinos, Mireille de Ferjus reprochóse el sonrojo que sentía ascender de su seno al semblante.

—No os vayáis-suplicó —. Quedaos, hasta que por ellos mismos comprueben los soldados que ya estáis en el bosque... Ocultaos en mi alcoba, que nadie allí os buscará...

—Bastó mi presencia en esta sala, Mireille. Haced cuanto dije, y borrad para siempre de vuestra mente el recuerdo de esta noche.

—No podré.

Había tal convicción en la voz femenina, que Carlos Lezama la miró sonriente.

—Bah... ¿Lo decís por el nantés? Se fue ya el cuervo... Sus negras alas aun os darán pesadilla de evocación algunas noches, pero pronto lo olvidaréis.

La réplica de Mireille de Ferjus causó sórpresa en el Pirata Negro.

—¿Amáis a la. castellana de Civry? Más sonrojada aún por la convicción de que podía ser tachada equivocadamente su mentalidad excesivamente imaginativa y romántica, añadió ella precipitadamente:

—Perdonad la indiscreción, pero os oí cuando hablabais al nantés y deduje que por eso le matabais... Porque debió ofender a la viuda del castillo de Civry.

—Viuda que tiene esposo. El pelirrojo que me acompañaba, ignorante de que yo era pirata. Escuchad, Mireille... Ando sin amor, porque murieron mis amores. Pero solitario como vivo, no dejo de soñar en amor. Y cuando vi a la española de Civry la amé espiritualmente, no por ella misma, sino por lo que representaba: pureza, candor infantil, alma joven sin tormentas...

Rió bruscamente, abriendo la puerta y atrayendo al exterior a Mireille de Ferjus.

—¡No os vayáis! En esta sala, nadie... Estamos tan seguros como allí dentro...

—Salí porque no podía hablaros de amor ahí... Tate... Excusadme, señora marquesa-dijo el Pirata Negro, sonriente —. Me refería a que puesto que os dignasteis interesaros por mi situación espiritual, concediéndome alma, me complace demostraros que la tengo. Desgraciadamente. Mejor preferiría ser un huero perillán siempre en lucha sin el lastre de un corazón sentimental...

—Un hombre que habla como vos... ¡no puede ser pirata! Hay error...

—En vos, niña. Pensad por un instante que hay corsarios muy caballeros. Puede también haber piratas que jueguen a ser caballeros, pero que no finjan tener alma, y sentimentales debilidades. Nunca da la profesión el carácter. ¿No soñáis a veces en vuestro príncipe azul?

—¡Sí! Pero ni es príncipe ni es azul... Tiene colores recios, duros...

—Para contrastar con la delicadeza del colorido que os rodea. Cierto estoy que os encanta el epílogo de esta noche...

—No por la novedad, ni por la aventura que supone hablar con un fuera de la ley, que comparte conmigo como en tertulia interesante, cuando rodean los muros soldados que buscan matarle, porque ignoran quién es realmente el hombre que...

—...No lo olvidéis. Mi plumaje exterior es de cuervo, pero si no grazno ahora, grazné antes y lo haré mañana en otros lugares más apropiados.

—Vos disipáis la negrura de la noche. El endemoniado nantés queda en su panteón propicio, porque para mí sólo resta en el pensamiento la imagen de quien no supe apreciar en todo su valor, cegada por fulgores de extravío. ¿Os sonreís, señor? Es natural: os causa conmiseración mi veleidosa mente que odia al que primero ensalzó y admira ahora al que primero despreció.

—Diablos... ¿Me despreciasteis? Eso me humilla...

—Seguís burlándoos de mí...

—No hay tal. Pero permitidme que os diga que lo que os ocurrió al ver al nantés nada tiene de peculiar. Vivís aquí aislada, y el legendario oropel de la fama, complementando el aspecto engañador del corsario, os sedujo. Igual hubiera sucedido a

cualquier otra doncella encerrada en el castillo de sus sueños.

—Antes me interrumpisteis cuando os explicaba cómo era el hombre en el que yo soñaba. La penumbra que aquí nos rodea me permitirá decíroslo. Sabed que cuantas veces de ello le hablé a mi preceptor, me lo reprochó como si hubiera deshonestidad o extravío en mis ensueños... No me puedo impedir ser libre en apariencia. Acaso a instantes peque de falta de recato. Ahora mismo debería recordar que estoy a solas, en la noche, y faltando a la obligación moral que impone más prudencia. Pero han transcurrido en pocas horas tantos sucesos que alterada la vida cotidiana, todo desaparece... Convencionalismos, prejuicios... Sólo hay la maravillosa rapidez con que vuelan los segundos que quisiera fueran siglos, cuando ha poco siglos me parecían los segundos. Comprendo que debería callarme, pero tengo que hablar.

—No os lo impediré, Mireille. Detesto las falsas gazmoñerías. Y aún hay tinieblas en el exterior.

—¿Por qué citáis las tinieblas que reinan afuera?

—Porque gracias a ellas puedo marcharme. El amanecer me lo prohibiría. Los soldados podrían disparar contra mí. Los cuervos aleteamos por y a favor de la noche, cuando júzgamos que la luz del día nos es perniciosa.

—Quisiera que al amanecer siguierais conmigo. Que la alondra al cantar no tuviera para mí notas de nostalgia...

Hablaban cerca el uno del otro. La obscuridad de la sala sólo les permitía ver los semblantes, difusa, pero delineándose en ellos los ojos que mutuamente se contemplaban...

Graves y escudriñadores los del Pirata Negro; embelesados los de Mirreille de Perjus.

—No me conceptuéis mal, señor... ¿No quiero hallar excusa aludiendo a las recientes emociones que podrían haber trastornado mi habitual pudor. Si os digo lo que pienso, es porque muchas veces a solas me lo he repetido. Yo nunca podré amar a un muchacho alocado, que sólo se preocupe de sus personales egoísmos... Mi príncipe azul era borroso en su silueta y condición. Pero era hombre de más edad, fuerte, de tormentoso pasado, que ahíto de sufrires, buscara puerto de virginales amores. Un hombre que supiera amar, y ser guía de los difíciles pasos primeros del corazón que se abre inexplicablemente... No puedo decirlo con claridad...

—Sois valiente, Mireille, al hablar así. Os lo agradezco, porque con ello demostráis que sabéis adivinar que, mi experiencia no incurrirá en error. Dejad volar la imaginación, pero no supongáis que un fugaz romanticismo es perenne fuego…

—¡No lo es! No es fugaz…

El rostro de ella, deliciosamente espectral en la sombra, tenía crispaciones dolorosas. Luchaba el pudor contra la sinceridad, y su melodiosa voz, encanto al oído, adquiría musicales susurros de tentación al proseguir vehementemente:

—Si preciso fuera, lejos, muy lejos partiría. ¡Dadme un nombre! No puedo en esta noche irreal seguir llamándoos señor ni pirata. No quisiera que os marchaséis… pero si lo hacéis, dejadme al menos qué cuándo en vos piense pueda murmurar un nombre…

—No lo tengo, ni lo tiene vuestra actual emoción, Mireille. Habéis citado la irrealidad de este momento. Lo es… Os hablaré crudamente. Cuanto más femenina es la mujer, más se conmueven sus fibras sentimentales ante los espectáculos brutales El color de la sangre, la muerte rondando, los cuervos en sus mordeduras; alterando vuestra sentimental necesidad de plasmar en alguien vuestro deseo de amar. Podría presuntuosamente creer que… ¡Diablos, niña! Me habéis contagiado la romántica manera que en vos es sedante de olvido y en mí ansia de vagabundo solitario.

—Continuad, continuad… —musitó ella y su rostro acercóse más.

—Recapacitad. Fuera hay soldados. Vos sois la marquesa de Corbigny, y yo un bribón acosado…

—Podría dejar de ser marquesa, porque prefiero otro título que más me enorgullecería… —y la melodiosa voz truncóse—. Ser la que compartiera tu existencia… Déjame hablar, caballero pirata, que no me permites llamarte por tu nombre. Hubo entre mis antepasados una Ysobel, segunda en llevar el título… Huyó para casarse con juglar trovador, que el rey quería ahorcar, porque alternaba sus rimas con asaltos por los senderos. No era ladrón…

—Si lo era, y no le conocí, os lo aseguro-rió el Pirata Negro. Pero en su risa había inquietud…

—Había elegido vivir peligrosamente. Ysobel fué su esposa, y dice la historia que fueron felices lejos del casillo de Corbigny.

—La historia miente siempre. Yo os hablaré verdades, romántica

locuela. Mañana, cuando el día os salude con alegres soles, sabréis comprender que hubo influencias de luna, noche y extravío en vuestras palabras de ahora. Yo no soy juglar trovador…

—La poesía de tu virilidad luchadora, es perenne, y a tu amparo demostraría que no hubo extravío al decirte que quiero ser tu Ysobel.

No replicó el Pirata Negro, porque entre sus brazos sintió la tibieza de la despalleciente virgen, que en alto el rostro le ofrecía los labios cerrados, los párpados…

Fueron segundos para que para Carlos Lezaima dejaron de tener tangible existencia. No era un beso carnal, ni había fiebre de pasión en los labios que mezclaban sus ansias.

Era un beso de unción donde dos almas distintas, pero confundiéndose, se aliaban. Y el abrazo de los cuerpos tenía en el femenino quietud de reconfortado desasosiego; en el masculino había el latir de sangre ardiente cuya turbulencia paradójicamente se encalmaba…

Porque Carlos Lezama presentía que la entrega de la virginal voluntad era romántica candidez de alma limpia de pensamientos impuros..

Y dominándose, decidió no aceptar el sacrificio de la que no podía ni debía ser la esposa del Pirata. Negro.

La apartó de sí, manteniéndola distanciada al extremo de sus brazos, apoyando en los redondos hombros sus manos. Caída hacia atrás la cabeza, Mireille de Ferjus sonreía como en éxtasis…

—Pasó el instante, señora marquesa… Siempre conservaré el mejor de los recuerdos del castillo de Corbigny, porque tuve en él ocasión de dar propicio panteón al corsario nantés, y me fué concedido el placer de besar unos labios cuyo calor tardaré en olvidar. Adiós.

Cerró ella sus manos alrededor de los antebrazos que iban a apartarse de sus hombros.

—¡No! Dejarme ahora… ¡sería vergonzoso! Sería acto de pirata. Me has besado porque con ello aceptabas lo que te ofrecía. Mi vida entera a tu lado y siempre contigo…

—Los cuervos somos a veces gavilanes que muy gustosos libamos arrullos en piquitos de paloma.

Intencionadamente, en su réplica puso el Pirata Negro

entonación de sarcasmo.

—No puede ser... No puede ser... —repitió ella maquinalmente, como si no creyera lo que oía.

Sin rudeza, desasióse Lezama...

—Olvida, marquesita. Quizás algún día comprendas que hubo más amor en mi aparente insolencia que si aceptara tu extravío de una noche de cuervos.

Paralizada quedóse ella por unos instantes sin habla. Vió difuminarse en la, penumbra la silueta del que dando media vuelta partió hacia la escalera que conducía a la torre alta.

Quiso ella gritar llamándole... Pero no sabía qué nombre dar al que ya no podía ver...

Corrió agitada, sin rumbo... Y poco después, al tropezar sus pies con los peldaños, subió por ellos con ligereza desesperada que no se resignaba a ver difuminarse en la sombra de la noche al hombre que sabía que amaba, porque un lacerante dolor rasgaba su corazón al solo pensamiento de que nunca más le vería...

Desembocó en el ancho pasadizo, que ahora le pareció densamente iluminado en contraste con la obscuridad de las salas inferiores.

Y corrió tras el que volvióse al adivinarla cercana. Lanzóse en los brazos, que cerráronse alrededor de su talle, y un nuevo beso la estremeció íntimamente, con dolorosa sensación de alegre resucitar.

Y en su oído la voz del Pirata Negro fué susurrando:

—Pronto cantará la alondra, Mireille... Puede significar tu salvación. Si los soldados alertados vigilan estas almenas impidiéndome salir, será posible que caiga muerto. Y así quedará para siempre alejado de ti el peligro de que conmigo te llevase.

—Déjame partir contigo...

—No. Mi barco espera para hacer rumbo al Caribe. Soy un bribón sin un ochavo. No puedo ni quiero casarme con quien, como tú, debe esposar hombre de su alcurnia y condición.

—Si te vas, no alertaré a los soldado. No gritaré... Ya que no pude ser Ysobel, sabré demostrar que no fue fugaz capricho el beso que te brindé, dándote con él mi alma, mi cuerpo y mi amor.

—Me voy, Mireille. Con el salto que me arranque de tus brazos, también arranco quizás un pedazo de cielo que tú me ofreciste en el infierno de mi vida. Pero pasado el éxtasis de los primeros

momentos, cuando la sensatez volviera...

—El amor viene de pronto, y no hay sensatez en sus mandatos...

—Sí la hay, Mireille. Después... Cuando frío el ánimo, te vieras a bordo de un barco de bribones, y cuando los cañones al tronar te dijeran en burla estrepitosa que huistes de la felicidad mansa que aquí hallarás algún día, para lanzarte a la aventura de ser la esposa de un pirata sin fortuna, sin arraigo y sin ley.

—Los soldados no dispararán. Podrás, pues, cuando saltes, permanecer unos instantes en el ciprés, que adivino te sirvió de camino para salvar mi vida y dar muerte a mi alma jugando con ella... Vete, pirata... Quédate unos instantes entre la fúnebre enramada del ciprés, y sigue tu camino después... cuando hayas oído el sordo retumbar de un cuerpo destrozándose contra las rosas del jardín. Que a tu salto audaz, le seguirá mi salto al vacío. Y después sigue... sigue en tu solitario navegar... Ríe cuando tus cañones lancen su metralla... Olvídate de mí, y si alguna vez pensaras en Mireille de Ferjus, ríe, ríe, pirata. Y dirás: "Era una locuela romántica, que por una noche de cuervos allá en un castillo, cuyo nombre no recuerdo, me amenazó con lanzarse al abismo". Y no habrá maldad en ti, porque tú mismo no lo creerás. Vete, porque no crees que al no poder ser tuya preferí morir. Un pirata ha visto tanta gente morir..., ¿verdad?

Continuaba abrazada al que alzó la satinada barbilla temblorosa. La luna, coronando lejana cima, daba al vetusto y almenado pasadizo luces fantasmagóricas.

—Tengo que irme, Mireille... ¿Sabes por qué? Porque quiero volver cuando pueda considerarme capas con mis propios bienes de crear para ti, lejos de estos muros, un hogar digno de ti... No me repliques, Mireille... Mucha es mi soberbia y no esposaría a la marquesa de Corbigny teniendo yo por toda fortuna un velero. No digas que son mentiras en vano escrúpulo para evitar que los muros de Corbigny llorasen por las noches invernales el haber presenciado la muerte de su marquesa. Volveré, Mireille... Volveré... Pronto, porque el amor prestará más audacia a mi afán de riquezas que me permitan volver a tenerte entre mis brazos, entre muros no de castillo ajeno, sino de propio hogar... No hables, Mireille... Nuestro beso no será el último, ni beso de despedida...

—Tú... tú no puedes mentir... —susurró ella cuando los labios

masculinos apartáronse de los suyos—. Volverás... Te aguardaré, y día tras día, noche tras noche, aquí mismo te esperaré.

Recortóse la silueta varonil alejándose, alejándose cada vez más. Extática, permaneció Mireille de Ferjus donde estaba...

Vió surcar los aires como si se desprendiera de toda humana encarnación al hombre que había despertado sus sentidos...

Aguardó unos instantes, después que el ciprés cimbreándose en la altura, volvió a inmovilizarse, y pocos instantes transcurrieron cuando ya reinando siempre el mismo silencio exterior, comprendió que el Pirata, Negro había conseguido partir tan a salvo como entró en el castillo de Corbigny.

En el pasadizo almenado, donde tantas batallas habíanse trabado, quedaba ahora una mujer que lentamente fué arrodillándose hasta quedar postrada, en abatida posición, donde a los sollozos de desesperación uníanse suspiros simbolizando la esperanza de un pronto retorno.

Amanecía ya, cuando aún continuaba Mireille de Ferjus, Ignorante de todo cuanto no fuera su propio dolor, sentada en desmadejada postura. Levantóse lentamente, y forzó una sonrisa, mirando hacia la cúpula erguida del ciprés que iba verdeando a los primeros albores.

—Volverá... volverá... —rezó.

Poco después cumplió lo que el “innominado” habíale dicho. Y los soldados de Têtu Lenoble tras visitar la sala de suplicios, fueron a examinar los árboles que les señalaba Mireille de Ferjus, pretextando quo no pudo gritar antes por temor a que el pirata pudiera malherirla.

Dos escuadras lanzáronse por la carretera en persecución del que había burlado todas las vigilancias.

Pero ya hacía tiempo que el Pirata Negro galopaba hacia Burdeos.

EPILOGO

Cuando por la escalera del “Aquilón” subía el Pirata Negro, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” al frente de los dos grupos en que dividíase la tripulación del velero alineada y destocada, miráronse con alegre guiño, que en el andaluz tal era la mueca, mientras en el cicatrizado rostro era pavorosa contracción.

Carlos Lezama encaramóse al castillete de proa. El sol, aunque pálido y sin fuerza, vertía resplandor sobre las islas Bécassine.

—Bien, mis valientes. De nuevo estamos a la vista los unos de los otros. Jetas bravías y pico de cuervo que os habla. Fui a pasear por parajes tranquilos... Nada ocurrió...

La breve y gutural carcajada les pareció a los oyentes anticipo prometedor de las batallas cercanas. Era la peculiar contracción de garganta con la que su jefe retaba al mundo...

—Hubo un cuervo que pretendió revolotear a mi alrededor... y le corté las alas. Ya veis: un simple episodio de caza. Pronto estaremos en rumbo hacia la tierra flotante donde esmeriladas de islas navegarán a nuestro encuentro entre azules de mar. ¡Somos ricos, mis valientes: Tenemos el oro del sol, los diamantes de las estrellas, y la plata de la luna... Nos esperan con más amarillo, más cristal y más fulgor de plata allá en el Caribe. Refocilad, pues, vuestras panzas, y mientras se acerca el momento de zarpar, llenas ya las calas, llenad los estómagos. ¡Triple ración líquida! para celebrar que mi breve ausencia fuera tan sólo un episodio donde nada ocurrió... Un simple episodio de caza.

Cuando los hombres hubieron desfilado hacia las bodegas, el Pirata Negro silbó. Acudieron presurosos, primero "«Cien Chirlos” y después “Piernas Largas”.

En el castillete, Carlos Lezama, acodado contra el reborde, miró

a su lugarteniente favorito.

—¿Queda mucho para dejar repletas las alacenas?

—Con un día más, señor, reventarán, porque, como me ordenaste he empleado en ello hasta el último maravedí del cofre.

—Bien hecho. ¿Para qué necesitamos el vil metal que escasamente daba lastre al fondo de mi cofre? Panzas llenas, y nada más. Ésta es la felicidad, ¿no, guapetón?

—Sí, señor. Tú lo dices, y así es.

—¿Cazaste mucho, andaluz, cuando el “Aquilón” recalaba en reposo por allá las islas antillanas?

—Con gusto, señor. ¡Digo! Algún jabalí cayó apuñalado, y también le largué plomo a aguiluchos...

—¿Cazaste alguna vez palomas?

—Oh, no señor... —y el andaluz al sonreír mostró sus dientes negruzcos alternando con las cavidades de las mellas—. Las palomas son caza sin importancia...

—Estúpido-murmuró el Pirata Negro... y aunque sus ojos brillaban por un fuego interno, no había dureza en su voz, sino afecto —. Por eso eres tan feliz. Porque nunca sin querer ser gavilán, hallaste paloma presta a que le hincaras él sucio diente. Tampoco tú tendiste red a paloma, porque no te dignabas verlas o ellas te huían, guapetón. Sois un par de borricos muy de mi agrado. Os empleo por confidentes porque la mitad de cuanto digo se os escapa, y la otra mitad no la repetís. Cierto que cacé cuervo. Pero hubo paloma que me cazó.

“Cien Chirlos” escuchaba reverentemente, aunque con menos perspicacia que el andaluz.

—¿Sabéis que hice, buenos mozos? Dándome cuenta que iba a ceder al arrullo, huí... Prometí que volvería, porque quise que la paloma siguiera viviendo. He mentido, y no me duele, aunque sienta como si me arañara a por dentro... Pero pasará... Como también la paloma hallará otro gavilán que sea más adecuado para su nido. ¿Por qué huí? No sabríais comprenderlo. Fué porque a veces es más hermoso un beso en noche de cuervos que tibios abrazos en días indiferentes... Os podéis desvanecer, que ya no tengo nada más que deciros. Mañana al amanecer, quiero todo a punto. Zarparemos rumbo al Caribe, donde no hay palomas ni cuervos, porque todos somos peleones que luchan, muéren, beben,

duermen... ¡y no saben de arrullos!

Camino de las bodegas, donde los tripulantes esperaban el reparto de la triple ración de ron que debía escanciar “Cien Chirlos”, el andaluz dió un codazo a su acompañante.

—¿Sacaste hebra de lo que “él” habló, carota fea?

—Debió enamorar a linda dama... ¡y la dejó porque más ama el mar!

—A lo mejor estás en lo cierto. Pero se me antoja que de hoy a mañana paloma que asome, paloma que tumbo. Tampoco tú me comprendes —dijo el andaluz con jactanciosa soberbia de hombre inteligente—. Eres bruto como un cepo de muelles y dientes. Te lo aclararé. Montaré vigilancia y si asomara linda dama como tú dices, la devolveré a tierra, amarrada si preciso fuera. Porque cuando “el” no quiero verla, y huyó, sus razones tendrá. “U sease" que guerra a las palomas; ¿estamos, carota?

—Estamos. Recuerdo muy bien que “él” me dijo un día que no quería amores, porque acarreaban la desgracia de aquellas que le amaban.

—¡“Mardita zea”! —y el andaluz pegóse recia palmada en la frente—. Tú lo has dicho, so borrico. ¡Es por eso que huyó de la linda dama!

—Cabal, so estúpido, que tanto presumes de inteligente y de "adivinatorio”... Y punto en boca, que abajo esperan el ron. Y como dice “él”: Panzas llenas, todos felices.

En el castillete, cruzados los brazos, Carlos Lezama volvía la espalda a la tierra. Sus pupilas perdíanse en la inmensidad moviente y liquida. Persistía aún en sus oídos la melodía de una voz fascinadora, y en sus labios alentaba la tibieza de los virginales hálitos...

Pero no había vacilación en la mirada decidida que posaba en las rizosas crestas de espuma.

El mar seguiría siendo el donador de olvido al errante solitario que en nuevos horizontes haría llegar por doquier la nota retadora de la bronca carcajada del Pirata Negro...

